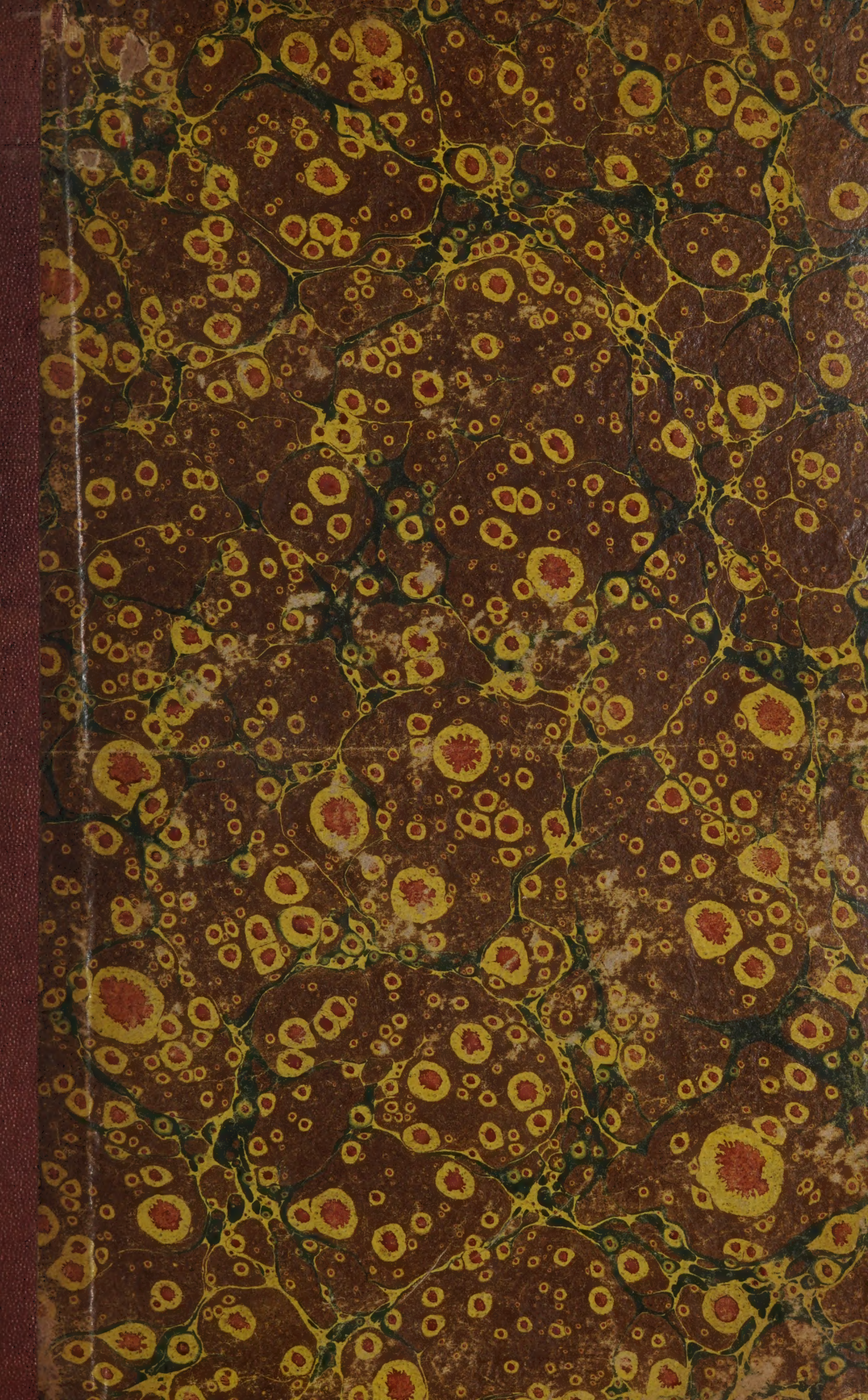



Accessions
116641
Shelf No.
D.160.75
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.

VULGARIDAD

Y

NOBLEZA,

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

por

Fernan Caballero.

SEVILLA.

1861.

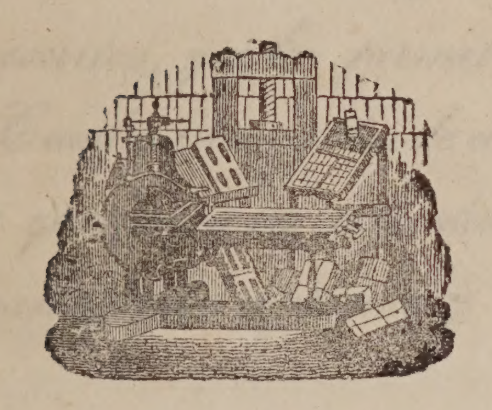
VULGARIDAD Y NOBLEZA.

VULGARIDAD Y NOBLEZA.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

POR

Fernan Caballero.



SEVILLA.—1860.
Imp. y librería de Enrique de Rojas calle de Génova núm. 9.

Este libro no puede venderse mas que á cuatro reales. Los libreros que quisieren adquirirle se pueden dirigir á su impresor D. Enrique de Rojas, calle de Génova núm. 9, Sevilla; que les remítirá los ejemplares que pidan encajonados y con un 10 por ciento de rebaja.

DEDICATORIA.

El autor suplica al afamado y erúdito Baron Wolf, tan admirado y respetado en su sábia pátria, como en todos los paises cultos, y el que con tanta benevolencia ha juzgado y dado á conocer el primero en Alemania sus sencillos escritos, que le permita dedicarle este Cuadro en muestra de una gratitud que quisiera y no sabe demostrar de una manera mas espresiva y digna.

Fernan Caballero.

PRÓLOGO.

No son los estrangeros (que eso nada de estraño tendria) son los españoles, que nos hacen un cargo, de pintar las cosas de nuestro pais solo por su lado favorable.

Es muy cierto y todo el mundo sabe, que ên España como en todas partes, hay gentes y cosas malas; nunca hemos pensado en negarlo, ni en hacer de España una Arcadia y esto lo prueba los muchos tipos malos, que si bien no en primer tér-

mino se encuentran en nuestras novelas y cuadros de costumbres, como necesarias sombras en la composicion. Lo que sí no hemos querido es tomarnos la ingrata, poco interesante y menos útil tarea de poner en primer término los tipos malos y de dar publicidad á las cosas que lo son. Lo hemos dicho ya en otras ocasiones: la crítica y la pintura de lo malo que rebaja al hombre, es un correctivo ineficaz al mal; el elogio ó la pintura de lo bueno que lo enaltece, es el mas dulce de los estímulos al bien.—Otros críticos poco benévolos dícen que inventamos lo que damos por cosas ciertas. Agradecemos el favor grande que con esta censura se hace á nuestro ingenio, pero sin admitirlo; lo uno, porque tenemos en mucho mas el ser verídicos que ingeniosos, y en mas alta estima el que se nos *crea* que el que se nos *admire*; y lo otro, que es cosa de harta mas importancia el que se tenga fuera y dentro de España un exacto conocimiento de la índole, del caracter, de las costumbres y hasta del modo de espresarse de nuestro pueblo meridional, que puede serlo el que un escritor de nuestra insignificancia esté ó no esté dotado de ingenio. Téngase en cuenta que rebuscamos los granos de la buena semilla

en un campo que se está cegando y déjesenos conservarla en estas hojas, puesto que estátuas, monedas y otros efectos de pasadas épocas se suelen estraer de escavaciones, pero no así las cosas de la esfera intelectual, que son sentimientos que se entierran para siempre con los corazones que los abrigaron, palabras que se pierden en el aire en que se pronunciaron, y usos que pasan sin dejar rastro. Es de advertir que si diésemos al público como fruto de nuestra inventiva los cuadros de costumbres que trazamos, se nos echaria en cara con la misma hostilidad que dábamos por nuestro lo que no lo era, y entonces la crítica tendria razon. (1)

(1) Habiéndose impreso que nuestros escritos eran *impíos* á pesar de que tienen la aprobacion eclesiástica, no por amor propio, sino por un deber de conciencia traducimos aquí el juicio que sobre *Clemencia* formula el Vicario de la Catedral de Colonia y que publica en el anuncio que dá al público en un periódico el impresor de una de las traducciones que se hacen en Alemania de nuestros escritos: «Doy á V., dice, el parabien por haber dado al público aleman la notable obra titulada «Clemencia» de Fernan Caballero. Es un libro de aquellos cuya lectura no solamente procura placer sino provecho. Sentida sin sentimentalismo; llena de un vivo y puro cristianismo, rica en enseñanza, y sin carecer de la gracia y chiste español, nos muestra á España bajo una luz tan bella y amena, sin que por eso falten á sus cuadros las necesarias sombras, que nosotros los alemanes debe-

X

El sencillo argumento del presente cuadro, del que puede decirse que se encierra todo en la última frase de la mendiga, lleva consigo su auténtica en la imposibilidad que hay de que tal frase se invente; semejante energía, laconismo y profundo sentido en la locucion no los halla sino el noble corazon de una madre del pueblo Español. Las gentes cultas comprendemos lo sublime y solemos ahogarlo en las flores de la retórica; el pueblo católico español, sin comprenderlo, lo realiza á veces, y lo presenta en toda su verdad y sencillez como lo hace la Biblia.

---

mos tomar muy á pecho. Llamaré la atencion en su debido lugar, sobre esta obra, y creo poder asegurar á V. que una vez leida, no se puede dejar de hacerlo. Debe V. procurar que el traductor de las demás trabaje sin descanso.»

No resistimos al deseo de traducir unas pocas palabras sobre el mismo asunto de un artículo crítico que sobre la propia novela insertan las *Hojas religiosas de Silesia.* Despues de copiar todo el párrafo de consejos que dá el abad á Clemencia, añade: «Si; amigos apacibles y agradables, llenos de buena enseñanza son los libros y esto es cumplidamente aplicable á los de Fernan Caballero. Agenos de toda pasion de los partidos del dia, llenos del mas verdadero sentimiento católico, y de pura lealtad, nos dan séria enseñanza entretegida con los mas gratos y encantadores cuadros de la vida humana, y encuentrase en ellos una verdad y una fidelidad como la que avalora los lienzos de los grandes pintores flamencos, al lado de paisages y esculturas que honrarian á los primeros pintores del dia en este género.»

Se nos vitupera igualmente nuestro patriotismo, por aquellos que llenos del espíritu cosmopolita moderno, clasifican el amor á la patria de nécia preocupacion de los siglos bárbaros; y adviértase que así lo hacen, cuando se trata del que nos apega al pais que nos vió nacer, á su carácter, á sus costumbres, á sus tradiciones, á sus creencias, á sus instituciones, al respeto y cariño á la enseñanza de nuestros mayores; pero cuando la palabra patriotismo se escribe en la bandera enarbolada por los que quieren destruir todo esto, entonces es á sus ojos sublime, santo, padre de héroes y apuran para aplicárselas las calificaciones mas retumbantes! Entonces existe—No; entonces se profana su nombre.

Dice el pueblo que para todo se necesita entendimiento, hasta para barrer, y nosotros decimos que para todo se necesita justicia, pero sobre todo para la crítica, sopena que esta produzca el efecto contrario al que se propone el que la egerce.

Nada que argüir tenemos á aquellos á quienes nuestros cuadros no gustan, no solo porque en materia de gusto no cabe discusion, sino porque participamos de su opinion, ya que no en cuanto á

los argumentos (que son todos, en parte ó por entero ciertos, y muy buenos) pero si en el modo de presentarlo que es inhábil y defectuoso y que pocas veces nos deja satisfecho. Pero ya que no hay cajas de plata en que conservar cosas tan bellas, consérvense aunque sea en caja de peltre.

En este como en los mas de nuestros cuadros el argumento es cosa sencilla y poco complicada, por lo que carece de ese movimiento, de esas intrigas, de esas pasiones, que son, en particular en Francia, la esencia de la novela; por eso hemos tenido cuidado de no denominar á estas composiciones *novelas*, sino *cuadros*, para que todo aquel á quien no agrade el estudio de las costumbres, del carácter, de las ideas y del modo de espresarlas de nuestro pueblo no las lea.=El que quiera brillantéz, movimiento, bien urdidas intrigas, pasiones y artes, búsquelo donde lo halle. y no se venga á sentar al sol de Dios, con nosotros.

Réstanos el dar las gracias á las simpáticas y benévolas personas que con tanta indulgencia han acogido nuestros escritos empezando por nuestros amados y venerados Reyes, y sus augustos Hermanos, nuestros tan queridos como respetados Infantes

Duques de Montpensier, á los dignos y sábios sacerdotes, y á los distinguidos literatos españoles y extrangeros que se han servido darnos su aprobacion inapreciable, la que como los rayos del sol al arbusto á quien vigorizan y hacen producir nuevas ramas, nos han alentado tiempo há, con su benevolencia, á seguir publícando nuestros escritos.

CAPÍTULO I.

El cuerpo lo viste el oro,
pero al alma la nobleza.
(Calderon.)

Despues de haber atravesado Córdoba, vé el Guadalquivir al camino de hierro acercársele y saltarle por encima en su afanosa carrera de traginero, y sin cuidarse de él, prosigue en su pausado andar de caballero, dejándose llevar de las inclinaciones del terreno como el que paséa, y llegando con esa magestad de todo lo que es grande y tranquilo á la Vega de Sevilla.

A la izquierda, y como prólogo de su historia, que cuenta Sevilla con sus monumentos, encuentra el rio al magnífico convento de San Gerónimo, que abandonado y falto del cuidado que le prestaban sus monges se desmorona como un cuerpo en que ya no late el corazon; y mas abajo, á la derecha halla á la Cartuja metida entre sus naranjos, como si no habiéndole bastado la soledad y el silencio hubiese buscado la sombra. Baña despues los robustos piés del hermoso puente de piedra y hierro que lo vadéa, se acerca á las Delicias, cuyos frondosos árboles refleja en sus aguas como una dulce impresion que recibe, é inclinándose á la derecha camina entre mimbrales hácia S. Juan de Alfarache, sentado al pie de la vertiente de un monte que unido á otros forma un grandioso vallado al llano de Triana.

Vestidas las vertientes de aquellos, de apiñados olivares, como los merinos de su crespo y espeso vellon, ostentan sus cimas blancos pueblecitos como si intentasen estos pigmeos imitar á las nevadas cumbres de los Alpes.

Entre Tomáres y Castilleja de Guzman se halla el mas considerable de estos pueblecitos, Castilleja de la Cuesta, á quien atraviesa el camino

que conduce á Aljarafé, esa comarca tan fértil, tan hermosa y tan rica en viñedos.

Es ocasion de anotar aquí, ya que en Castilleja de la Cuesta nos encontramos, que el *Pedro Jimenez*, ese vino que es hoy dia el de mas precio que crian las afamadas viñas de Jerez, fué trasplantado á ellas de Castilleja, donde primero fué aclimatada la vid que lo dá por un vecino del mismo pueblo llamado Pedro Jimenez, soldado de los tercios de Flandes, y que hombre industrioso, se hizo á su regreso de sarmientos de las viñas del Rhin, las cuales perdiendo en este suelo y bajo este sol, el sabor acidulado de su mosto, lo trocaron en el pastoso y dulce del vino generoso que hoy se conoce con el nombre de su introductor en nuestro pais.

Tampoco olvidemos que en este pueblo nació Hernan-Cortés, y que la casa en que tan insigne y esforzado varon dió su último suspiro, ha sido comprada y restaurada por los Sermos. Señores Infantes Duques de Montpensier, con ese atinado buen gusto y ese celo por los recuerdos gloriosos y religiosos del pais, que hacen de los hermanos de nuestros Reyes, los ángeles reparadores de las santas históricas ruinas. Si hubiese en nuestra

triste y revuelta época mas amor á la verdadera pátria, habria mas gratitud hácia los que la honran y enaltecen en sus pasadas grandezas, y ya se habrian levantado estátuas á Príncipes tan admirables en todos conceptos. Pero el tiempo venidero se encarga siempre de pagar con creses las déudas que el pasado no salda por completo.

Desde Castilleja empieza la mencionada comarca del Aljarafe llamada por los Romanos los *Jardines de Hércules.* Cubren este gran distrito muchos pueblecitos que deben con preferencia su bienestar al cultivo de la viña. La inmensa cantidad de uva, y la no menos considerable de mosto que suministran á Sevilla, son origen de su modesta prosperidad.

Años atrás, no obstante, y cuando se hallaba España en la postracion y abandono que fué natural consecuencia de la heróica guerra de la Independencia, en que la Nacion entera, cual aquellos grandes y nobles caballeros que iban á la guerra Santa, todo lo abandonó para defender su independencia y probó venciendo:

Que en tocando á Dios y al Rey
A nuestras casas y hogares,

Todos somos militares
Y formamos una grey. (1)

Años atrás decimos, aquellas fincas rurales, como todas las demás, estaban abandonadas, destruidos sus edificios, perdidos sus plantíos, y habian caido por improductivas en gran menosprecio.—Sus dueños arruinados como ellas, no se hallaban en disposicion por entónces de hacer los costosos adelantos de reparacion que plantíos y edificios necesitaban, y que segun la expresion del pais *pedian* aquellos, pues la tierra de Dios es tan agradecida y propicia, que solo pide al hombre que la labre y cultive á sus hijas las plantas para cumplir la mision que de Dios recibiera de colmarlo de sus dones.

En esa época, pues lo que vamos á referir es de fecha atrasada, vendíanse las fincas arruinadas en bajo precio, y un sujeto de clase humilde, pero que habia adquirido en América un bonito capital, con el que regresó á la Península, escogió

---

[1] La hermosa décima que con esas palabras concluye inclusa en nuestra novela *Elia*, ha sido traducida con la novela al francés, y lo ha sido tambien admirablemente al aleman, y publicada en Viena por el Sr. Baron de Wolf.

á Sevilla para su residencia y determinó hacerse allí propietario. Entre las fincas que le fueron propuestas, lo fué una hacienda de viña en un pueblo del Aljarafe, la que determinó ir á ver con el corredor que le habia propuesto su compra.

CAPÍTULO II.

Hallábase esta hacienda de viña á la entrada de un lugar, y como ya hemos observado, gracias á la solidéz de su fábrica, manteníase en pié en su lucha con el tiempo como un gladiador, que no se rindiese, doblase, ni cayese sino para morir.

Veíanse en sus erguidos muros las arrugas que imprime la vejéz, y el color mústio que dan los temporales á los edificios como se lo dán á los rostros de los hombres que viven de contínuo á la intemperie.

La grandiosa portada se alzaba tan derecha, entera y altiva cual si quisiera ocultar á las miradas de los transeuntes, el abandono y ruina que tenia á sus espaldas; pero la puerta desvencijada y rajados sus tablones, las ponia bien á pesar suyo, á la vista de todos.

Sobre la puerta de la portada habia practicado un nicho en el que, detrás de un enrejado de alambre, se veia una pequeña imágen de bulto de la Vírgen, de cuya advocacion, que era la de la Paz, tomaba la hacienda su nombre.

El cuerpo alto de la casa estaba inhabitable á causa de las muchas goteras, asi como el lagar y las vacías bodegas anexas á la casa que parecian tener cribas por techumbre.

En los bajos vivia con su numerosa prole el hijo del que habia sido capatáz de la viña cuando se labraba, el que, aunque no recibia salario, seguia guardando el edificio por la ventaja de vivir casa sin tener que pagarla.

Las tapias que como guardianas rodeaban á los corrales, confiadas en que nada habia que guardar en aquel edificio abandonado, por complacer á sus amigos los lagartos habian abierto

grietas que les sirviesen de albergue, las que habian aprovechado tambien las preciosas plantas parásitas para estenderse y florecer á sus anchas, formando sobre las tapias pabellones y colgaduras, que imitan en sus ornatos los tapiceros, pero nunca con tanta gracia.

En los corralones habian crecido á su amor las higueras silvéstres, las zarzas, los solános, las adelfas, el lentisco y otras hijas naturales de la tierra, que formaban un rústico vergel para recreo de los pájaros cantadores, de las gallinas busca-vidas, y de unos tímidos y silenciosos conejos caseros, que llevaban todos allí una vida de príncipes.

A espalda de la casa, la parra que habia perdido los sostenes del emparrado, se habia agarrado á los hierros de una ventana para trepar, sin miedo de la podadera, como una volatinera al tejado, mientras dejaba colgar como lo hace el sauce, otra de sus ramas en las que bailaban las ligeras pespitas sirviéndoles sus colas de balancin; daba con sus ramas menores, sombra á los nidos de golondrinas, que agradecidas le contaban con su gran verbosidad maravillas de lejanas tierras. Las malvas crecian por to-

das partes ofreciendo sus buenos y suaves servicios como hermanas de la Caridad. Las amapolas, á quienes preguntaba el viento si lo querian, respondian moviendo sus ruborizadas cabezas, que no, que no.

Los gorriones se peleaban sin reparo y con insolentes pitidos delante de los comedidos y finos palomos que huian al tejado escandalizados. Los conejitos formaban círculo como convidados á un festin al rededor de los desperdicios de la verdura de la olla, que les habia tirado la casera. Las gallinas se apresuraban á acudir al llamamiento del gallo que habia encontrado una mina en las barreduras de la cuadra.

Entre las matas pastaba silenciosa y grave una burra blanca, que era la decana de aquella colonia, sin cuidarse de las carreras y saltos, con que gozaba á su lado su precioso ruchillo, del brevísimo ocio concedido á la miserable existencia de este tan inofensivo, manso, paciente cuanto infeliz animal!

Una porcion de niños que venian á unirse á los del casero, reian, jugaban y cantaban sin freno y á su alvedrio, como crecian allí las plantas, sin estorbar y sin ser estorbadas por nadie.

Formaba pues, todo lo referido el mas completo desórden, mas no el desórden que constituye en la vida ordinaria un vicio, que como la polilla es muy pequeño, pero que así en las cabañas como en los palacios causa grandes estragos, que en los negocios es la ruina y en las ideas el enemigo de la lógica y del buen sentido, sino aquel que en la naturaleza es un encanto mas, como es en los niños una gracia mas su misma torpeza y confusion de ideas.

Pero el mas bello comensal de aquel lugar era un grandioso moral. Aquel árbol magnífico, encumbrado como un Rey, elevado y magestuoso como un patriarca, rico, pródigo, lozano y airoso, como un jóven caballero, digno y firme como un anciano hidalgo, se hallaba situado al lado de un pozo cuyo brocal había caido por tierra. Formaba así caido un lecho para soláz de la yedra cuyas ramas habian trepado por el tronco del moral hasta enlazarse con las suyas formando una espesa selva negra para ocultar los nidos de los pájaros.

El casero y su familia formaban en medio de esto una pacífica colmena; así es, que el que veia medrar á la colonia, á la colmena y al

vergel en aquella perdida y desatendida hacienda, podia convencerse de que Dios y la naturaleza no conocen lo que el hombre débil, inconstante, cruel é inexorable ha creado, y nombra... ABANDONO.

CAPITULO III.

Delante de la puerta de la cocina, que era la que daba al descrito corral, hallábase una mañana sentada al sol, Cipriana, la mujer del casero. Tenia colocado sobre su cabeza para preservarla del contacto inmediato de los rayos del sol, un pañuelo doblado en cuatro dobleces cuadrados, de manera que caia uno de sus picos hácia delante como una visera. Estaba ocupada en remendar una camisa de mujer que habia lavado y que era

un conjunto de remiendos de telas blancas de varios gruesos y géneros.

Desde el moral á una de las rejas de la casa se estendía un tendedero del cual colgaban pañales, fajas y camisitas á quienes el sol acababa de dar un blanco esplendente. Una gallina cacareaba dando parte que habia dado á luz con toda felicidad un robusto huevo, mientras las demás se solazaban al sol. Las abejas y su parodia las abispas, zumbaban por el aire como diminutas zambombas. Un suave viento poniente vivificaba aquella tranquila naturaleza; ya meciendo suavemente los pañales y camisitas, como en su cuna mecia su madre al pequeño dueño de estas prendas; ya introduciéndose en la copa del moral y despertando á las dormidas hojas que de esta libertad murmuraban entre sí; ya entrándose á ahullar por una encrucijada para asustar á los niños; ya obligando á las erguidas adelfas, á bajarle sus bellas cabezas en un cortés saludo; ya subiendo quedito á la torre del lagar para cojer descuidado y por detrás al gallo puesto allí de veleta, lo que nunca habia podido conseguir; y despues como veleidoso queriendo ausentarse, ir para despedida á besar la frente de los niños,

arrebatar su fragancia á una mata de resedá nacida en la vieja y recta pared, como una sonrisa en el rostro de un austero anacoreta, trayéndosela para su solaz á Cipriana, y murmurando suave y consoladoramente al oido de una pobre anciana que á la sazon entraba agoviada. *La vida y las penas son un soplo como yo*, y acabar por remontarse á altas regiones á buscar celages diáfanos y nubecillas trasparentes para trastornarlos á su fantasía.

Un grupo de niños había sentado sus reales debajo del potente moral, y uno de ellos, como de tres años, estaba tendido á la larga, sirviéndole como de almoada un perro, acostado como él en el suelo.

—Juaniquillo, le dijo su hermana, que tenía cinco años, no te eches sobre Cubilon que te vá á dar pulgas.

—Que había de dar! opinó un mozo de siete años, se llevará las que tenga, que las pulgas están mas á gusto con los perros, que no se meten con ellas, que no con las gentes que las cogen y las matan.—¿Sabes tú, Purita, que el coco y la pulga se quieren casar?

—¿Quién te lo ha *decio?*

—La gente. Pero es el caso que

La pulga y el coco
se quieren casar
y no se han casado
por falta de pan.

Salió una hormiga
de su hormigal:
«Hágase la boda
que yo pongo el pan.»

Albricias, albricias,
que ya pan tenemos;
¿ahora la carne
dónde la hallarémos?

Asomóse un lobo
por aquellos cerros:
«Hágase la boda,
yo pongo un carnero.»

Albricias, albricias,
ya carne tenemos;
¿ahora la berza
dónde la hallarémos?

Saltó un cigarron
de entre aquellas huertas:
«Hágase la boda,
yo pongo la berza.»

Albricias, albricias,
ya berza tenemos;
pero ahora el vino
¿dónde lo hallaremos?

Saliése un mosquito
de un calabacino:
«Hágase la boda,
que yo pondré el vino.»

Albricias, albricias,
que vino tenemos;
ahora la cama,
¿Dónde la hallaremos?

Acudió un herizo
tendiendo sus lanas:
«Hágase la boda,
yo pongo la cama.»

Albricias, albricias,
que cama tenemos;
por falta de cura
no nos casaremos.

Se asomó un lagarto
por una hendidura.
«Hágase la boda
que yo seré el cura.»

Albricias, albricias,
que cura tenemos;
¿ahora el padrino
dónde lo hallaremos?

Salió un ratoncito
de un monton de trigo:
«Hágase la boda,
yo seré el padrino.»

Albricias, albricias,
padrino tenemos;
¿ahora la madrina
dónde la hallarémos?

Salió una gatita
de aquella cocina:
«Hágase la boda
yo soy la madrina.»

En mitad la boda
se armó un desaliño:
saltó la madrina,
y se comió al padrino.

Mientras Pura escuchaba con la boca abierta la relacion de la boda de la pulga y el coco, había entrado en el corral una anciana, que era de tan pobre traza y humilde aspecto que, sin hablar, pedía elocuentemente socorro.

—Ahí está, dijo Pura, la tia Ana Panduro. Joselillo, bien podias darle el cuarto que te ha dado tu madrina.

—Conque estoy juntando desde ayer para mercar un trompo, y no he *juntao naa*, respondió su hermano, y le iria á dar mi cuarto! Caramba contigo, y qué dadivosa eres con lo que no es tuyo!...

—Y de lo mio lo propio; y para que lo

sepas, roñoso, le voy á dar el huevo que me puso mi gallina.

Y esto diciendo, encaminóse la niña hácia la pobre vieja, llevando su huevo en la mano, tan radiante y ufana, cual si llevase á la Reina un estandarte ganado en Tetuan.

—Entre tanto, decía Cipriana á la recien-venida: siéntese usted, tia Ana, que ya le estoy acabando de remendar la camisa que la he lavado, y le sacaré en rematando unas habitas de un guiso que tengo puesto.

—Dios te lo pague, contestó la mendiga. !Ay, hija mia! Si no fuése por las buenas almas, ¿qué sería de tantos pobres, que como yo ni lo tienen ni lo pueden ganar?

—Por eso mismo manda Dios que nos socorramos los unos á los otros, y nos miremos como hermanos.

—Las penas me están crucificando sin acabarme de matar, Cipriana! No hallo descanso ni de dia ni de noche, pues los dolores del cuerpo y las penas del alma á la par me acosan!

—Señora, contestó Cipriana, ya sabe usted que el camino del Cielo es cuesta arriba y muy

penoso y cansado, y el del Infierno es cuesta abajo, muy gustoso y ligero de andar. Así, vamos caminando con valor cuesta arriba, que mientras mas agria, empinada y penosa de subir sea la cuesta, mas pronto y seguro se llega.

En este instante, como las puertas estaban enfiladas y abiertas, vieron pararse ante la portada una calesa, de la que bajaron dos señores, al propio tiempo que lo hacía de su caballo un hombre que los acompañaba, y que llamó á Joselillo para que llevase aquel á la cuadra.

—¿Qué es esto? preguntó la anciana.

—Pascual, que ha ido hoy á Sevilla, contestó Cipriana, porque el encargado de los herederos del difunto Marqués lo mandó llamar para que viniese con ese Señor, y le enseñase la posesion; por lo visto, la quiere comprar.

—Muger, me alegraría que la comprase, repuso la anciana, para que tome á Pascual de capatáz, como corresponde á este, y conviene al comprador.

De los dos que se habian apeado de la

calesa, el uno era un corredor, y el otro un sujeto, ni bajo ni alto, ni grueso ni flaco, ni viejo ni mozo, y que venía vestido de piés á cabeza de una tela gris, habiendo atendido en la forma y tela de su trage, ántes á la comodidad que á la moda.

Este sujeto cuya fisonomía y modales no eran ni altaneros ni amables, ni vivos ni parados, empezó sin detenerse á inspeccionarlo todo con no interrumpida atencion, sin que demostrasen ni su rostro ni sus palabras la impresion que le causaban las cosas que examinaba, sin celebrar la grande estension y solidéz del edificio, y sin que su deterioro y abandono le diesen pábulo á menospreciarlo.

Por la tarde, despues de haber ido á ver la viña y tierras pertenecientes á la hacienda, y habiendo descansado el caballo de la calesa, de seguida emprendieron los dos viageros su regreso, sin mas saludo al casero y su familia que una ligera y silenciosa inclinacion de cabeza.

—Oye, Pascual, dijo Cipriana á su marido cuando se hubo alejado la calesa: ¿quién es ese Caballero?

—No es un *Caballero*, es un *rico*, respondió el marido.

—Ya me lo quiso á mi parecer, repuso la mujer; pues no tienen ni pizca de crianza. ¡Ni dijo al entrar Dios guarde á V., ni al salir quédese V. con Dios! ¿Es de Sevilla?

—No. Es un indiano, que dicen que trae de por allá mas onzas que arenitas tiene el mar.

—Quiéreme parecer, Pascual, que ese hombre ha estado por allá avecindado con los Indios bravos: (1) apostaría una peseta contra dos cuartos á que ese señor con la cara parada como Juanillo el tonto, que vió aquí á la pobre tia Ana, que es la estampa de la miseria que está que parece que vá caminando por sus piés al cementerio, y que siendo tan rico no le dió una limosna, tiene el alma de corcho. No permita Dios que compre la hacienda!

—Calla, Cipriana, que ustedes las mugeres son mas súbitas en sus juicios que un

---

(1) Advertimos á los traductores que por *Indio bravo* se entiende el Indio en su primitivo estado salvage.

arcabúz, y parece que tienen en la boca un nido de abispas. Acuérdate siempre, muger, antes de sacar la tigereta que... de buenos es honrar.

CAPITULO IV. (1)

Al querer empezar la no interesante biografía del sujeto que venia en la calesa (y cuyo nombre era don Anacleto Ripio) por indicar el pueblo de su nacimiento, tenemos que confesar que no hemos podido averiguar cual fue-

(1) Este capítulo quedó fuera de la impresion de la obra por un olvido involuntario. Al colocarlo en su respectivo lugar resulta defectuosa tanto la numeracion de los capítulo sucesivos como la de las páginas, lo que advertimos para evitar confusiones.

se; baste saber que habia nacido en una provincia del Norte de España y que un maestro de escuela, hermano de su madre, á costa de mucho tiempo y trabajo, le habia enseñado á escribir mal, á leer pésimamente, y á contar muy bien, por tener una aptitud grande para ello. Niño aun, embarcóle su padre para América, en donde fué colocado por un paisano suyo á quien iba recomendado detrás de un mostrador, donde permaneció mas de veinte años vendiendo efectos navales, tiznado de bréa, y llevando cuentas, despues de lo cual consumado en estas y con nota de trabajador y honrado, salió de la casa con un pequeño capital á practicar sus cálculos en propio provecho. Hízolo (aunque siempre sobre seguro) á las mil maravillas, contestando á los que le reconvenian sobre su pusilanimidad en negocios, que la gala del nadador era guardar la ropa.

Colocóse, en consecuencia de su asíduo trabajo, prudentes y atinados cálculos, en la honrosa categoría de los hombres *independientes*, es decir independientes, no en la esfera de las *idéas*, sino de la *realidad*, de los hombres no asalaria-

dos por el Gobierno, categoría que tanto estima y anhela el, en este caso, bien entendido orgullo y amor á la independencia de los ingleses, y que es una de las causas de la prosperidad, riqueza y órden de que goza su pais.

En aquella época, hizo don Anacleto, por fines mercantiles, un viaje á Norte-América, donde no trató sino con gentes de su categoría y donde adquirieron sus idéas *positivas* diez arrobas mas de peso y se ensancharon sus cálculos y conocimientos, desde la circunferencia de un real hasta la de un peso duro.

De lo dicho se deducirá que don Anacleto, aunque entonces solo, contaba poco mas de treinta años, tenia ya toda la prudencia, la calma, la solidez, y el estacionamiento de un señor mayor, como una fruta que se pasma sin madurar.

De la misma manera que antes de constituir la Occeanía en la quinta, reducía el Mundo para los geógrafos á cuatro partes, así para don Anacleto se reducía este (y quizás el otro) á las cuatro reglas de la aritmética. No obstante, don Anacleto no era avaro, porque la avaricia es una pasion, y

este *buen sujeto* (pues de tal fama gozaba, y con razon lo habria sido, si bastase la ausencia de lo *malo*, para constituir lo *bueno*,) porque este buen sujeto decimos, no era capaz de sentir ninguna, por lo cual se hallaba exento de los siete pecados capitales, siendo de esta suerte uno de esos buenos sujetos cuyo valer consiste en cualidades negativas y que tienen el mismo mérito en el mal que dejan de hacer, que aquellos que ayunan, no por espíritu Evangélico, ni por intencion de hacer penitencia, ni por acatamiento al precepto, sino por natural inapetencia.

Era el señor Ripio el mas perfecto tipo de la insensibilidad, por lo que no sabemos si tenia buen ó mal corazon, puesto que este jamas tomó parte en ninguna de las cosas que hizo su dueño. Podria suceder que por una distraccion de la naturaleza hubiese nacido sin ninguno; pero, caso que lo tuviese, podemos afirmar que lo tenia cloroformizado á perpetuidad.

Don Anacleto que solo gozaba en los números, á la manera que Rossini en las notas de música y Murillo en los colores de su paleta,

no comprendia absolutameute otros goces que la realizacion de sus cálculos, gozando mas en el éxito de sus operaciones que en la ganancia que les pudieran reportar.

Para don Anacleto el dinero era únicamente hijo y padre de los negocios, y no conocia ni los goces ni las ventajas que puede proporcionar, ni el de los gastos supérfluos, ni la satisfaccion del obsequio ó ayuda al amigo, ni la dulzura del socorro al necesitado. Comprendia á la perfeccion la regla de sustraer, pero con su peculiar definicion de: *quien debe y paga*, que nunca hubiera podido sustituir con la de: *quien tiene y dá.*

Don Anacleto, á quien la naturaleza habia dotado de cortísimos alcances y de sangre muy pausada, criado esclusivamente en la monotonía de los negocios, era por lo tanto rutinario como un reloj, siguiendo en todo el giro que aquellos le habian dado. Si hubiese caido soldado hubiera aprendido á marchar al son del tambor, y habria seguido haciéndolo sin oirlo.

Nunca don Anacleto se habia reido, no porque estuviese abstraido de las cosas de la tier-

ra que á risa mueven, ni porque fuese hipocondríaco, adusto, ni menos melancólico, sino por absoluta falta de propension á este festivo desahogo, asi como al del triste desahogo del llanto. De la misma manera que en un retrato de fotografía, en vano se hubiese buscado en su fisonomía moral color alguno, pues solo presentaba medias tintas y sombras. A nada con mas propiedad podemos comparar á este indivíduo de la variada especie humana que á un dia de calma y nublado, que carece de sol, de brillo y de calor, de rosada alegria en su oriente y de purpúrea magestad en su ocaso.

Finalmente don Anacleto por lo material y poco elevado de sus aspiraciones, lo estrecho y positivo de sus idéas, y lo mezquino y personal de su círculo de accion; por su completa inaptitud para comprender y apreciar lo bello, así en la esfera moral como en la física, tenia pleno derecho á personificar lo *antiideal*.

Nunca habria pensado este señor en casarse, á no haberle propuesto un amigo suyo, Corredor, un casamiento, bajo el interesante punto de vista de un negocio. La hija de don

Fulano conviene á vd. por estas y otras razones, dijo este Corredor universal á don Anacleto; cásese vd. — No tengo inconveniente, contestó éste, que nunca habia visto á la propuesta novia. Esta, que era la mas impasible de las americanas de escalera abajo y que tampoco conocia al novio que la propusieron, contestó en los mismos términos, y al mes estaban unidos estas dos sosas y secas medias naranjas. A los tres dias convinieron en paz y concordia en apartar aposentos, porque don Anacleto, que no conocia la pereza, se levantaba temprano, lo que incomodaba á su muger, y porque la señora, que todo lo hacia tarde, hasta el acostarse, incomodaba con ello á su marido.

Pensamos que nuestros lectores no dejarán de conocer personas que se asemejen al tipo que hemos diseñado, aunque tengan mejor educacion y que por su mas frecuente roce con la sociedad hayan adquirido ese barniz que disimula el espesor de la corteza y el cinismo en la forma de su espantosa vulgaridad.

La antítesis de la vulgaridad es la nobleza, de la que ha dicho un autor francés, que des-

pues de la santidad es la flor mas bella del alma. Pero ¡qué perdida anda!!! Vamos á buscarla; ¿podremos hallarla? No la encontraremos por cierto tan á mano como hemos encontrado la vulgaridad.

CAPITULO IV.

En el ántes descrito estado, entró en el dominio de su nuevo dueño la hacienda de la Paz, que los herederos de su jóven amo, muerto en la guerra de la invasion de Napoleon, le vendieron. Pero un año despues, nadie la hubiese reconocido; tal era la transformacion que en ella había obrado el hábil y acertado restaurador D. Anacleto Ripio.

Veíase ahora el caserío deslumbrando con el descarado y económico blanco de la cal; admirábanse sus grandes y pesadas rejas negras pintadas de un verde del mes de Abril, como viejas compuestas; habíase achicado su grandiosa portada, porque ruinosa como estaba habría ocasionado un gasto tan cuantioso, como *inútil* consolidarla, habiendo quedado solos los dos pilares y caja de umbral necesarios á la sujecion de la puerta, lo que le daba, cuando esta se hallaba abierta, la amena y pintoresca apariencia de una horca. Había quedado, por consiguiente, suprimido el nicho, y la Imágen de Ntra. Sra. de la Paz, que contenia, la que fué recogida con gran devocion por la familia del capatáz, y colocada en su habitacion, en una urna de caoba y cristales que, imponiéndose gozosa mil privaciones, le costeó. El nombre de la Paz que de dicha efigie tomó la hacienda, había sido sustituido por el de *La Abundancia*, que simpatizaba mas á su nuevo dueño, que lo había mandado escribir en el umbral con humo de pez, sobre la quebradiza superficie de la cal. Las armas del dueño anterior, esculpidas en mármol, y colocadas sobre la puerta de la casa,

se habian quitado, porque daban, al parecer de D. Anacleto un aire de antigüedad y vejéz nada ventajoso al edificio, y gravaban sus muros con un innecesario peso.

En el interior no era menos notable el tino, acierto y buen gusto de la restauracion dirigida por el ínclito nuevo poseedor.

Las tapias, á las que habian arrancado todas las floridas plantas hijas de sus entrañas, mal remendadas, mal enlucidas y coronadas de pedacitos de cristal para que no se pudieran escalar, desafiaban todo asalto como las murallas de Sebastopol.

En el gran corral, las zarzas, higueras, adelfas, solanos, malvas, amapolas y demas intrusos habian sido desterrados sin piedad, ocupando su lugar un liliputiense sembrado de cebada, cuya cosecha, segun esperaba su amo, bastaría durante un año á la manutencion del mulo del capatáz.

Las gallinas habian sido constituidas prisioneras en un sombrío y estrecho corral. El Heródes de su dueño, habia dispuesto otro 28 de Diciembre para los inocentes conejitos. Los alados músicos habian sido ahuyentados con tiros,

y algunos espantapájaros formados de una levita y un sombrero viejos del señor, con quien por lo tanto conservaban en lo garboso alguna semejanza. A la decana por mas que en señal de asombro empinó sus orejas, que aparecieron como dos enormes puntos de admiracion, se le habia intimado con razones de acebuche, que se fuese con el ruchillo á otra parte. Los niños de la vecindad habian recibido la intimacion de no dejarse ver en la hacienda por ningun pretesto, porque al nuevo amo le eran, como es de suponer, antipáticos los niños.

No miró este señor con mas conmiseracion à las golondrinas, cuyos nidos fueron barbaramente destruidos. En vano le hizo presente la muger del capatáz que esos suaves é inocentes séres, queridos en todas partes, que buscan el amparo del hombre y confian en la hospitalidad como en tiempo de los Patriarcas, traian en cambio ventura á las casas que se la daban; en vano le manifestó que eran tan buenas y morigeradas, que en una ocasion habiendo sido por sus maldades escomulgado un poderoso Caballero, todas abandonaron su residencia y se fueron á la de un varon justo, lo que visto por el

pecador, lo hizo entrar en sí y reconciliarse con la Iglesia, volviendo entonces á su castillo las buenas golondrinas. D. Anacleto declaró con toda la altanería del positivismo (que es mas detestable aun en la esfera moral que en la material) que esas eran *antiguallas* y *superticiones*. (¡Qué prosáico tonto que confundia un dicho inofensivo y poético aserto del corazon, con las austéras enseñanzas de la fé!) Que eran necedades, buenas para contar á los niños, pero no á él, hombre ilustrado, que habia viajado y estado nada menos que.... en los Estados Unidos.

D. Anacleto coronó su obra mandando echar abajo el magnífico moral que era con la torre de la Iglesia la mas bella y encumbrada gala del lugar. Al fin Erostrato cuando cometió el crímen de destruir el templo de Diana, llevaba una idea que aunque erronea y absurda tenia alguna grandeza; pero D. Anacleto al cometer este otro crímen análogo á aquel, no tenía mas idea, (si idea puede llamarse,) que la que le sugeria el nécio y mezquino temor, de que pudieran dañar las raices del árbol á los cimientos del pozo. ¡Antibello positivismo, como no recompensaste á tu adepto D. Anacleto con la meda-

lla del maravedí pendiente de una cinta! Vióse aquel moral gloria y préz de la naturaleza, atado con sólidos cables, que á distancia se sujetaron fuertemente en el suelo; en seguida fué su sano y robusto tronco aserrado por el pié, y mojados despues los cables produjeron al encojerse la caida del jigante con gran satisfaccion de D. Anacleto que habia inventado y dirijido el aparato que lo derribó, siendo esto en lo material un traslado de los miserables medios de que se valen hoy los hombres para lograr la caida de las cosas y personas grandes y elevadas.

Cuando vió consumado su crímen de lesa-magestad y vió caida aquella soberbia y hermosa obra maestra del gran arquitecto la naturaleza construida con fuertes ramas y bellas ojas, D. Anacleto observó con placer que la cantidad y tamaño de aquellas produciría mas cantidad de leña de la que habia calculado. Los chiquillos del capatáz se abalanzaron á cojer con toda comodidad sus frutos, sin considerar en su ávida ansia y loca alegria, que serian los últimos que daria; la capataza dijo: ¡Qué lástima de moral que me daba sombra cuando sacaba agua del pozo! y solo los pajaritos le hicieron el duelo

viniendo á posarse pitando tristemente sus elegías y endechas fúnebres sobre sus ramas muertas, como habian cantado alegremente sus idilios y bucolicas sobre sus ramas vivas. En cambio se habia levantado á una pequeña altura un mazacote brocal alrededor del pozo, formándole una gran boca con que aplaudía este vulgar desacato, como todo lo que es bajo aplaude la caida de todo lo que es elevado.

No faltará quien piense que el que ha descrito el abandono y la restauracion de esta hacienda es algun apóstol de la desidia y de todas sus consecuencias. No tal; quien esto escribe es amigo como el que mas de lo útil, pero no quisiera separarlo de lo realmente bello, por que no es necesario, y solo pueden querer hacerlo espíritus estrechos y vulgares y la ávida y estúpida codicia. La belleza reclama su parte en la vida externa del hombre, como en la interna reclama la suya la espansion del alma, que se deleita en meditaciones en unos, y en alegria en otros. Por eso las fiestas de buen orígen son una necesidad en el pueblo, por mas que entre millares de gentes inofensivamente alegres, se halle algun discólo ó perverso que en ellas se porte como quien es.

CAPITULO V.

D. Anacleto pasaba casi toda su vida en su hacienda sin tenerle apego, ni agradarle el campo, solo con el objeto de vigilar las labores de la viña y la venta del vino que llevaban los arrieros. Su muger pasaba la suya en Sevilla sin que le gustase, y aun sin conocerla, por no moverse de su butaca acompañada de una negra que la habia criado y hacía bien el café y los dulces. Asi sucedió que sabiendo D. Anacleto

que está Señora no habia de ir nunca á la hacienda, no dispuso el cuerpo alto de la casa, desde donde se disfrutaba una hermosa vista, para ser habitado, sino para graneros, contentandose con arreglar en la bajo para habitacion suya una salita con poca luz contigua á una estrecha alcoba que no tenia ninguna.

Esta habitacion brindaba la ventaja de que siendo D. Anacleto bastante cominero, podia observar desde ella cuanto pasaba en la casa, las personas que entraban y salian, lo que traian y lo que llevaban.

Pascual, le dijo un dia, al que habia sído casero y era hijo del difunto antiguo capatáz de la hacienda, á quien á fuer de inteligente y honrado habia confiado el nuevo amo el puesto de su padre; Pascual, me querrás decir á que entra y sale tanto aquí esa mendiga, que parece la vieja que engañó á San Anton?

—¿La tia Ana Panduro, Señor?

La qué? Panduro? ¡Vaya un apellido!

—No es apellido, Señor, es apodo que le han puesto los muchachos porque la pobre es tan mirada y tan humilde que cuando el hambre le obliga á pedir pan, lo pide duro.

—Esa, dijo D. Anacleto, (que tenia la mas profunda aversion á los pordioseros y el mayor aprecio á los hospicios con tal de no tener que contribuir á sostenerlos;) esa no vendrá aquí á traer nada, sino chismes y sí á *llevarse* todo lo que pueda.

—Señor, vá su merced errado, contestó Pascual, que la tia Ana es la paz de Dios en todas partes, y no es capáz de malmeter en las gentes; y en cuanto á llevarse no se lleva lo que puede sino lo que le dan. La pobre con todo lo que le sale se ayuda; limpia, y hace mandados donde la llaman, y anda aunque sea una legua por un pedazo de pan. Ahora hace aquí los mandados que se ofrecen, porque como su mercé no quiere tomar moza, y mi muger tiene que hacer las haciendas de la casa y guisar, no puede salir á la calle, por aquello de que no se puede repicar y andar en la procesion.

—¿Y no tiene otra persona de quien echar mano? ¿Por qué no vás tú?

—Señor, contestó sin arrogancia pero con teson Pascual, yo soy el capatáz y no el mandadero de su mercé.

D. Anacleto se tragó la activa respuesta de

su criado, que le era muy necesario por su inteligencia y honradez, sin responder, y sin que esto le costare gran esfuerzo, porque el orgullo es una de las malas pasiones de que, como sabemos, carecia este señor, en el que solo crecia musgo sin raices.

—Pues te digo, que la visita de esa vieja, que parece hecha de alambre, que está mas encorbada que una alcayata, no me gusta.

—Verdad es, Señor, que la infeliz parece desertada del Campo Santo, porque las penas acaban y el pan de la limosna mantiene, pero no engorda. No tengo mas que treinta y dos años, Señor, y la he conocido cuando chaval con su pasar muy bueno, y un parecer mejor todavia; pero ha sido muy desdichada, y mas la han acabado las penas y las miserias que los años. Cipriana se vale de ella para hacerle ese bien.

—Que será á costa mia. Observó D. Anacleto.

—Allá vá esa agua hirviendo! repuso el capatáz. No Señor, que ese bien se lo hacemos nosotros, pues en mi jornal tienen parte los pobres mas pobres que yo. No sea su mercé desconfiado que la desconfianza cria canas.

—A qué come aquí todos los dias?

—No señor, alguno que otro lo hace, si está presente cuando vamos á comer, y yo le digo: siéntese V. señora, y coma, que este plato si alcanza para tres, alcanzará para cuatro. ¿Pues me querría V. decir, Señor, quien es quién puede comer delante del que tiene hambre y no darle parte? Ademas, apenas come la infeliz, que se pasa de mirada porque tiene desgano, de lo que se alegra porque dice que el desgano mantiene.

—Así está tan bien mantenida! Opinó D. Anacleto, moviéndole esta desgarradora espresion del necesitado, no á lástima sino á burla. Sabes, añadió tomando su gran sombrero de paja para salir é ir á la viña, que no me gustan los pordioseros. En el mundo hay un pais mas pobre que esta España, pues en ninguno se vé mas combatido de la plaga de pordioseros.

—Los pordioseros no prueban que un pais sea pobre, Señor, repuso Pascual.

—Pues qué prueban? Preguntó impaciente su amo.

—El que hay muchos que dan limosna, Señor.

—Pues no los aumentaré yo con las mias,

así vé que ninguno pase el umbral de la puerta inclusa la tia esa que me choca.

—¿Qué decia el amo? Preguntó su muger al capatáz cuando aquel hubo salido.

—Que la tia Ana le achoca, y que no quiere que aporte por acá.

—Pues aportará por cima de su voluntad y tres mas, caracoles! Repuso impaciente su muger. ¿Sino, quién hace los mandados, no pudiendo hacerlos yo que estoy aquí mas sujeta que un cerrojo? Vaya un *ipotismo*! Vaya que bien se dice que de rico á soberbio no hay palmo entero.

—Sí, esas rachas le dan; lo mismo le sucede con las cosas del campo. Yo cuando manda una sin razon (pues á veces para aprovechar el afrecho desperdicia la harina), le digo que sí, y hago lo que conviene, diciendo para mi chaleco; éntrome con la tuya; y sálgome con la mia.

—¿Y no se enfada?

—Se enfurruña, pero no se arremanga porque sabe que voy bien guiado que es lo que le importa.

--Te digo Pascual, que el amo con todos sus dineros me parece muy ruin y muy ganso, y todas sus cosas muy terrestres.

—Como rico de ayer, contestó su marido. A mí me gusta la riqueza y señorío de *abinicio* y no esas medias tintas; pero lo peor de todo, Cipriana, es que no tiene caridad como la tenian los dueños de *denantes*, y sin ella no quiero yo dineros que:

Si la caridad te falta,
aunque los bienes te sobren,
bien te puedes llamar pobre.

CAPITULO VI.

En una prima noche de otoño, en que llovia de ese modo que ha dado lugar á la usual espresion de que se desgajan las nubes, entró D. Anacleto en la cocina de su capatáz que halló sentado al amor de la lumbre. Lo habia enviado á la viña por una de las mezquinas y superfluas providencias que solia discurrir en su estrecho cerebro; así fué que al verlo tan arrellanado le dirigió la siguiente pregunta.

—Volvistes ya?

—Si señor.

—¿Y pudiste, por lo visto, vadear el arroyo que debe de venir muy crecido?

—Señor, para tales casos, y no ahogarme, tengo yo una oracion.

—¿A qué santo?

—A Santa Prudencia.

—Me alegro. ¿Y cual es?

Pascual contestó sin perder su seriedad.

Arroyito mio
muy crecido vás;
ahí te quedas tú;
yo me vuelvo atrás.

—¿Conque esto es que no llegastes á la viña? Dijo incomodado D. Anacleto.

—Señor, ni soy pez, ni soy pájaro, ni llevaba puente en las alforjas, contestó Pascual.

—Lo que tú eres, es, un camastron y un zumbon del dianche, que te has figurado que no has de hacer sino tu voluntad, y que no has de estar sujeto á la mia.

—Sujeto sí, atado no: respondió el capatáz. Pero siéntese su merced un rato aquí á la lum-

bre que alegra mas que unas seguidillas, y no le arredre que sea en la cocina, que la tiene Cipriana tan limpia que parece que no ha pecado.

—Aquí, añadió la capataza, arrimando una silla. En este mismo sitio se sentaba el difunto amo, que en gloria esté, y nos repartia á los chiquillos que eramos entonces *motas* y *duendecillos*. (1)

—Mal hecho, dijo D. Anacleto, ocupando aunque mal humorado el asiento.

—¿Porqué, señor? Preguntó la capataza.

—Porque los niños no deben jugar con dinero que eso los hace avariciosos.

—Qué!.... No señor, y á la vista está qué no es asina; pues ninguno de nuestra gente, aunque pobres, (y puede que por lo mismo que lo somos) ha sido nunca ruin ni avaricioso. Siempre hemos tenido presente que al preguntarle á uno que habia estado endemoniado, cuales eran los enemigos que hacian mas daño á los hombres contestó que eran tres: á saber, Cierra corazones, Cierra bocas, y Cierra bolsillos.

---

(1) Piezas de á dos cuartos y realitos.

—Así les luce á Vds. el pelo, replicó D. Anacleto. Toda su vida, como quien dice, han tenido Vds. de padres á hijos un buen acomodo y no tienen ahorrado ni para mandar rezar á un ciego.

—Señor, repuso Pascual, y no me pesa, que yo pobre nací y pobre me iré al hoyo tan descansado y sin turbieses en la conciencia, que Dios nos crió, para ganar los bienes eternos y no los de la tierra, y sus leyes, así como las de los hombres dicen: sé honrado; pero no dicen; sé rico.

—Con esas cosas que dicen, esclamó D. Anacleto, y aquella otra que siempre tienen en la boca: que Dios no le falta á nadie, harian Vds. creer que Dios manda la pereza y no el trabajo, y que se debe vivir á la Birla-birlonga. Bien dicen en los Estados-Unidos, que los Españoles no son amigos de trabajar.

—Señor, repuso Pascual, ¿Cree su merced que no sabemos que al contrario Dios ha dicho al hombre: comerás tu pan con el sudor de tu frente? ¿Me ha oido V. alguna vez decirle que no se haya hecho alguna labor por falta de brazos, y no es su merced quien siempre

me encarga que despida trabajadores, que se quedan desconsolados cuando les falta el trabajo?

En este momento llamaron á la puerta y entró en la cocina la tia Ana, mojada, calada y tiritando de frio.

—Jesus! esclamó el ya mal templado D. Anacleto. ¿Hasta con esta noche viene V. aquí?

—No tenia otra, contestó sonriendo humildemente la vieja.

—Pues no haber venido.

—Y se hubiera V. quedado sin cenar, intervino la capataza, pues la tia Ana trae el par de huevos que para su cena necesita.

—Pues qué, ¿no ponen las gallinas? preguntó el señor, que con el temor que espresaba su pregunta, no paró su atencion en el celo y eficacia con que aquella infeliz habia buscado por todo el pueblo en tan espantosa noche, y conseguido encontrar los huevos para su cena.

—No señor, le contestó Cipriana, desde que en lugar de andar sueltas y á su amor por toda la hacienda están encerradas en aquel corralillo, no ponen.

—Pues matarlas, mandó su dueño.

—Tia Ana, dijo el capatáz fingiendo no ha-

ber oido la órden de deguello del despóta, acérquese V. aquí á la candela para secarse sus ropas, que estarán caladas, y calentarse V. que estará arrecida?

—¿A qué, Pascual, repuso la mendiga, que se habia retirado á un rincon apartado, si me tengo que volver á mojar.

—No se mojará V. mediante Dios, opinó el capatáz, que la luna está saliendo y vá espantando las nubes. Dígole á V. que se acerque y se siente á la vera de Cipriana, que este hogar es mio, y mientras lo sea calentará á todo el que tenga frio.

La pobre anciana se acercó tímidamente y se acurrucó al lado de Cipriana.

D. Anacleto conceptuó que era contra su dignidad de ricacho estar sentado en la misma rueda con una mendiga; pero como tenia frio y no era altanero no se levantó, y se contentó con poner su desgraciado é insulso semblante todo lo imponente que pudo.

Pero como lo imponente es segun el diccionario, lo que infunde respeto, admiracion y miedo, y que al campesino andaluz, se le infunde el primero fácilmente, la segunda pocas

veces y lo tercero nunca; D. Anacleto hizo su ostentacion de aires imponentes en valde; la conversacion se prosiguió pasando estos aires desapercibidos ó desatendidos.

—Señor, dijo Pascual, ahí tiene V. á la tia Ana que si no se hubiese emperrado en que no era muerto su marido, hubiera podido volverse á casar cuando hubiera querido, porque ha sido una hembra de las de punta, y hubiera tenido quien la mantuviese nò pasando tantas miserias como pasa. ¿Todavía, señora, está V. esperando saber de su marido y de su hijo, despues de mas de veinte años que desaparecieron?

—Sí, Pascual, contestó la pobre anciana, porque siempre he oido decir que entre el cielo y la tierra no queda nada oculto.

—No queda nada oculto á Dios, señora.

—Ni á los hombres, Pascual, que aunque malicia oscurezca verdad no la puede apagar.

—Eso no es artículo de fé, sino sentencia de los hombres, que por mucho sentido que lleve y mucha certeza que le dé la esperiencia, algunas veces marra.

—Mire usted, dijo Cipriana dirijiéndose á D. Anacleto con el fin de interesarlo en la suer-

te de aquella infeliz mendiga, que es cosa grande, grande, grande, grande, no me canso de decir grande, lo que le ha sucedido á la tia Ana: el ver salir de su casa á su marido, que era mas bueno que el pan, y mas noble que el oro y á su hijo, que era el mejor mozo y la honra del pueblo, con un viaje de vino para Sevilla, como de costumbre tenian, pues eran arrieros bien acomodados, y no volverlos á ver entrar por sus puertas, sin haber sabido de ellos ni hoja ni rama, por mas que ha endilgado su mercé, pues no ha hecho otra cosa desde entónces! ¿No digo. señor, que esto es grande y horroroso con cien erres?

D. Anacleto no contestó, y por unos instantes solo se oyó el acongojado llanto de la mendiga.

—¡Pobrecita! No llore V. dijo compadecida la capataza, que esta vida es un soplo y en la gloria, donde á fuer de buenos aguardan á V. esos pedazos de su corazon, hemos de estar todos consolados y felices en la presencia de Dios. ¿No es asina señor D. Anacleto.

El interrogado no contestó.

Entónces, Pascual, se levantó y dirigiéndose

á su amo le dijo en recia voz, (pues al acercarse notó que este señor, mientras referia su mujer el terrible y estraño infortunio de la anciana cuyo sollozos la hacian aun mas conmovedor, se habia dormido al amor de la lumbre:) señor, la tia Ana ha andado todo el lugar y se ha calado hasta los huesos la infeliz, para traerle los huevos frescos para la cena; bien podia su mercé darle para que comprase un almúd de picon para calentarse y un bollo de pan para que cenase.

—¿No pago yo á tu mujer porque me asista? contestó D. Anacleto entre abriendo los ojos; á ella toca pues pagar los mandados.

—Dice V. bien, repuso indignado Pascual. Cipriana, dame media hogaza de pan. Y habiéndola recibido, y dándosela á la pobre con una moneda de dos reales que sacó de su bolsillo, tome V. tia Ana, le dijo; remédiese V. por esta noche, que mañana dará Aquel que nunca se cansa de dar.

—Pascual, repuso la anciana, Dios te lo pague que es buen pagador; pero con la media hogaza tengo yo para tres dias, así guarda tus dos reales que del pobre no se debe tomar sino

lo que meramente se necesite, pues justo no es, que á mí me sobre y á tí te haga falta.

—Diciendo estas palabras salióse apresurada, sin tomar el dinero.

—Tú, Pascual, dijo entónces D. Anacleto, que apesar de su estupidéz no pudo dejar de reconocer con cierta contrariedad que la conducta de su capatáz le avergonzaba, tú tienes partidas de Duque que maldito lo que te pegan.

—No me creia yo tan *remontao*, contestó sonriendo el capatáz, pero ni siquiera rumboso, señor; y cuenta, conque despues de valiente, es el ser rumboso lo que mas encumbra á un hombre; pero eso no lo pueden ser los que como yo son pobres.

—Y siempre lo serás, repuso su amo. ¿Porqué no ahorras en lugar de dar?

—Señor, contestó Pascual, lo que ahorre lo dejaré por acá, y lo que dé me lo llevaré conmigo.

—Dale con los textos de Escritura! Estos no te han de sacar de pobre.

—Pues ya se vé! No se han escrito para eso. Pero señor, ¡qué empeño tiene su mercé

en que yo me afane en salir de pobre! En haciéndose un pobre codicioso:

Los ojos se abalanzan,
los piés se cansan
y las manos no alcanzan.

y asina se está uno en un vivo penar. Yo estoy bien avenido con mi pobreza y no quiero afanes que me quiten el comer y el dormir, la tranquilidad de mi vida y de mi espíritu, que ha de saber V. que así en mi casa como en la portada de la hacienda de su mercé, pláceme mas.... *la Paz que la Abundancia.*

CAPITULO VII.

—Señor, dijo pocos dias despues Pascual á su amo, de resultas de la mojadura de la otra noche, tiene la pobre de la tia Ana una pulmonia que me parece que no la ha de contar.

—Y yo lo puedo remediar? dijo D. Anacleto.

—Remediar el mal, no, pero aliviar á la enferma con un socorro, sí, repuso Pascual.

—¿Y quién te mete á demandante suyo? respondió impacientado D. Anacleto.

—Señor, como que tomó la enfermedad por servir á su mercé y que no le faltase su cena, paréceme.....

—Lo que á tí te parece, interrumpió D. Anacleto, es que es contra tu dignidad el hacer mandados; pues á mí me parece, que es contra los intereses de mi bolsillo el costear las enfermedades de los pobres de tu pueblo. Si yo estuviese enfermo, maldito cuidado que te daria ni á tí ni á ella. No me vuelvas á pedir, que sabes que no me gusta que me pidan; basta que me pidan para quitarme las ganas de dar. Esas caridades con bolsillo ageno son fáciles de hacer, pero son lo mas chocante del mundo; conmigo no tienen resultado, pues te repito que no me gusta que me pidan.

—Ya se vé! á nadie le gusta que le pidan; así es que no lo he hecho para agradar á su mercé, sino para ver si le podia procurar un bien á aquella desdichada; y ya que no se ha conseguido la peticion mia, veremos á ver si tiene mas suerte la que de su parte vengo á hacer á su mercé.

—A mí! ¿Qué peticion puede ser esa?

—Que se llegue su mercé allá en caridad

de Dios, que tiene que hacerle un empeño.

—Un empeño!! Dios me asista y favorezca, esto es casi peor que el limosnéo! Son los empeños la plaga de este pais, los falsificadores de la justicia, los socavadores de las leyes, los mas impertinentes *métome en todo*; los mas importunos y audaces de los pretendientes, el cáncer del gobierno, los corruptores del regímen constitucional, el puñal que los diputados ponen al pecho de los ministerios, son á la vez el abuso del favor y el del poder, y querer meterme á mí, á mí! en semejante manejo inmoral é infame! á mí empeños! pues ya.

—Dice su mercé bien, tan bien que ni imprentado, repuso Pascual, que ya sabemos por demas lo que es ser ahijado de uno que vá á Madrid á *diputar*. Pero no se trata de esa clase de empeños, señor, que hay empeños y empeños. El de que se trata, es de aquellos que suelen hacer las señoras que no piensan en diputar sino en hacer bien, y toman á su cargo los empeños como toman los Santos las peticiones de las pobres criaturas para presentarselas al que puede remediar sus males. Estos empeños son, señor, los medianeros entre el desva-

lido, el olvidado, el impotente y los que pueden; son la voz del mudo, el lazarillo del ciego, las muletas del tullido, las alas del postrado; y así como la limosna es el mejor uso que puede hacer el rico de su dinero, son los empeños por los necesitados y los vejados, el mejor uso que puede hacer el que los tiene de sus relaciones y de los medios que Dios le ha dado. Si hay, como dice muy bien su mercé, empeños malos que son puñales; los hay buenos que son ocasiones de hacer justicia y beneficios; empeños que hacen tanto bien á los desamparados, como las madres á sus hijos; y esos son aquellos que se hacen sin mas interés que el bien del prógimo desvalido, sin mas fin que la caridad, sin mas recompensa que un *Dios se lo pague*, y estos son los que hacen las buenas almas, de estos empeños se trata, señor, y no de sacarle un empleo á un perdido.

—Pues ni buenos ni malos hago empeños; en mi vida he pedido á nadie que los haga por mí y así no estoy en el caso de hacerlos por nadie, puedes decirselo á la tia esa que no sabe que discurrir para incomodarme.....

—Es que el señor Cura me encargó que dijese á V. de su parte que le rogaba que fuese, porque la pobrecita tiene el espíritu muy desasosegado y eso le daña mucho.

—¿El señor Cura lo dijo?

—Si señor, con esas mismas razones.

—Pues iré por respeto á él, pues en lo demas es una gana de incomodarme. No hay pobres mas atrevidos que los Españoles. ¡Caramba con ellos! ¿Cómo habia en los Estados-Unidos de tener pobre alguno la desfachatéz de mandar llamar á su zahurda á una persona respetable? Saben que se daria aviso á la policía.

—Pues señor, lo que aquí saben los pobres, contestó Pascual, es que hablan en nombre de Dios, y así piden sin miedo y sin vergüenza.

—Ahora sí que has dicho una verdad como una casa que yo perfeccionaré diciendo que lo hacen con atrevimiento y defachatéz.

—¿Pero qué puede tener que pedirme esa muger?

—Eso no sé yo, contestó Pascual.

D. Anacleto guiado por su capatáz, llegó á una pobre casa, cuyo patio atravesaron y entraron en un corral en que habia un cuar-

tito pequeño, terrizo, y sin mas luz que la que le entraba por la vieja y desquiciada puerta qué no tenia cerradúra ni pestillo.

Sobre unas tablas levantadas del suelo por unos ladrillos colocados unos sobre otros, estaba un mal jergon de paja, y en él, cubierta con una manta raida y agujereada, yacía la pobre mendiga. Una silla basta y media rota, y una caja vacía que colocada boca abajo servia de mesa, componian todo el ajuar de aquella miserable vivienda.

En la pared, sujeta con cuatro clavitos estaba una estampa de la Vírgen, y sobre ella pendia una Cruz de madera en la que se veia enclavado un Señor hecho de metal, única prenda que conservaba su dueña del buen ajuar y de los bienes que en otros tiempos habia poseido.

Un objeto habia no obstante que brillaba entre aquella miseria como una estrella en la noche, y que á otro que no hubiese sido D. Anacleto habria llamado la atencion.

Sobre el cajon que servia de mesa hallabáse colocado otro pequeño que se habia cubierto con un paño muy blanco, y sobre este aparecia sentado en un primoroso silloncito de caoba, un Niño Dios de soberbia escultura rica-

mente vestido con una túnica de tisú de oro bordado de perlas y un cíngulo, tambien de perlas con borlas de lo mismo. Lo mas notable era el que en la mano tenia un precioso bastoncito de Doctor con puño y contera de oro, y sus cordones y borlas de seda negra.

Era esta lindísima efigie propiedad de un convento de monjas, y tenia infinitos devotos que ansiaban por tenerla á su lado cuando se hallaban enfermos de gravedad. Las monjas á ninguno negaban este consuelo, de manera que el amado y reverenciado Dios Niño iba así á las casas de los ricos como á las de los pobres, pues solo la Religion entiende y practica no la soberbia, sino la santa igualdad.

Al mirarlo así tan cándidamente investido de las insignias de Doctor, se sentía la dulce ilusion de estar en los tiempos primitivos de la fé de Cristo cuando esta tenía toda su pureza, eficacia y afectividad por la reciente comunicacion y contacto de Dios con el hombre á quien creó. ¡Con qué dulce emocion le parece á uno oir á las monjas decir á su santa Imágen, al sustituir en su mano á la bola de oro coronada de una Cruz que figura el mundo, el mencionado

baston, *Vé, Señor mio; vé, Niño de mi alma, á la casa del pobre enfermo que te llama. Cura sus dolencias si le conviene, y sobre todo cura y salva su alma que por tí ansía,* y nunca el Dios Niño habia desatendido las súplicas del enfermo que lo llamaba, y de sus devotas intercesoras.

¡Conventos! arcas santas de la fé Cristiana, asilos de la pureza de corazon, de espíritu, y de costumbres, cuando vemos á vuestras moradoras al través de sus rejas, tan tranquilas, tan alegres, al frente de nosotros los atribulados y afligidos, no halla nuestro conmovido co-corazon á que compararos, sino á esos inocentes canarios que en la Iglesia cantan alegremente en sus jaulas, miéntras por fuera rugen las tempestades y las demas aves no encuentran en su angustia ni amparo ni refugio contra sus embates!

La enferma tenia sus ojos fijos en la sagrada Efigie, mientras sus labios articulaban repelidas veces esta oracion:

Niño Jesus, por tu Padre,
Por tu Madre, por tu Cruz
En la hora de mi muerte
Dame Luz.

Dios premie á V., Señor D. Anacleto, la caridad tan grande que tiene en haber venido á tan pobre y humilde casa, dijo con débil voz la enferma.

D. Anacleto no contestó, y Pascual fué el que repuso á la anciana:

—Tia Ana, ahora poco entró aquí Dios.

—Ya, dijo la buena muger, para Dios no hay ricos ni pobres.

—Verdad es, señora, que para su Divina Magestad no hay sino buenos y malos, contestó Pascual; pero diga V., tia Ana, el empeño que queria hacer al amo.

—Señor, dijo la interpelada haciendo un esfuerzo para incorporarse y apoyarse sobre su codo, desde el dia en que nada sé de mi hijo ni de mi marido, he ido muchas veces á la Audiencia de Sevilla por ver si la justicia habia descubierto algo sobre su paradero. Siempre en aquellas oficinas me hicieron buena acojida y me contestaron con buen modo, que asi lo tienen mandado los Señores del Tribunal, Dios se lo premie! pero la respuesta que me dieron fué siempre la misma, que nada se sabia. Hace algun tiempo, señor, que me hàn ido faltando las fuer-

zas para llegar hasta Sevilla á pié, que es como iba. Ya que su mercé segun dicen, se vuelve allá mañana, era mi empeño, señor, que tuviese la caridad de llegarse á la Audiencia, á preguntar si algo se ha descubierto de ellos, y que mandase la respuesta por escrito al señor Cura que me la dará á mí, por que no me quisiera morir sin saber que ha sido de ellos.

—Yo no conozco á nadie en la Audiencia, porque á Dios gracias nunca he tenido nada que ver con los tribunales, contestó D. Anacleto; pero la enferma no lo oyó, porque arrastrada por el anhelo de su corazon habia abusado de la palabra sobreviniéndole en su consecuencia un violento acceso de tos.

—Poco le cuesta á V. prometerle á esta pobre muger lo que pide, dijo á media voz el Cura á D. Anacleto, y aun hacerlo, porque para tomar informaciones en los tribunales, no se necesita tener conocimiento con las personas á cuyos cargos están sus dependencias.

—¿Qué me dice su mercé? preguntó con visible agitacion la enferma á D. Anacleto.

—Que se hará, contestó este, que en seguida añadió: ¿se le ofrece á V. otra cosa, que no tengo tiem po para detenerme?

—No señor, no señor, respondió la anciana, sino decirle con toda mi alma que de tan buena obra como hace, sea Dios el premio.

D. An acleto saludó al Cura y salió del cuarto y de la casa sin detenerse, y sin decir á la enferma siquiera un *usted se alivie.*

Oye Pascual dijo en el patio una de las vecinas al capatáz que seguia á su amo, ¿qué quería la tia Ana?

—Pedir al amo que tomase en Sevilla noticias de su hijo y de su marido.

—¿Y qué dijo él?

—Dijo que sí, que lo haria; pero ya sabes Andrea, que mensagero frio tarda mucho y vuelve vacío.

—¿Y le ha dado algun socorro á la infeliz? greguntó otra.

—Dar! ni una hiel, contestó Pascual, pues por no dar, no dá su mercé ni los buenos dias.

—¿Pues para qué quiere sus dineros?

—Toma! para juntarlos y que procreen.

—Pues si tiene las voces de ser un señor bueno y de conciencia si los hay.

—Andrea, muger, ¿ahora te desayunas tú que siempre han corrido, y en el dia corren que es un contento, monedas falsas por el mundo?

En este momento pasó cerca de los que hablaban el Cura, que salió y alcanzó á D. Anacleto.

—A que vá á pedirle un socorro para la pobre tia Ana, (dijo una de las mugeres observando lo que pasaba del lado de fuera de la casa,) y mira, atiende Pascual, dicho y hecho; tu amo mete la mano en el bolsillo y le dá una moneda.

—¿Qué le dá una moneda? pues dígote muger, que al Cura se le puede rezar como á Santo, pues hace milagros!

El Cura entraba en este momento y entregó la moneda á una de las vecinas que mas particularmente cuidaba de la asistencia de la desvalida anciana.

—Maria, es de oro? preguntó la que habia hablado con Pascual.

—Que habia de ser de oro, dijo este, es una peseta.

—Y Napoleona! añadió con desaliento y considerándola, la muger que de las manos del Cura la habia recibido. (1)

(1) Con la importacion en España de los Napoleones se han importado tambien algunos francos que denomina el pueblo pesetas *Napoleonas*, y que valen la octava parte menos en los pagos que las pesetas españolas.

CAPITULO VIII.

Necesario se hace ya el que no dejemos por mas tiempo al lector en la misma incertidumbre en que lo estaba la pobre anciana sobre la suerte de su hijo y de su marido.

Hacía entónces veinte años, es decir, que era por los años de 1824 ó 25, cuando caminaban dos hombres bien portados, de semblantes honrados y enérgicos, tras una recua de mulos y burros; el sonido agradable y monótono de las

esquilas que de sus cuellos pendian, se esparcía por la soledad y por el silencio del campo como los suaves rayos de la luna al través del silencio y soledad de la noche. Caminaban hombres y animales con un paso tan sostenido, uniforme y compasado, que parecian las ruedas de un mismo reloj que recorre su esfera en armonia sin alterarse ni pararse.

—Padre, dijo el mas mozo de los arrieros á su compañero, ¿trata su mercé, apesar de lo que hemos platicado sobre el asunto, de pagar esta vez tambien, el impuesto que ha establecido por su propia autoridad el Escribano de Mollares?

—Como que es poca cosa hombre, contestó el interrogado, mas vale hacer lo que los otros, pagar, por no meterse en cuestiones.

—Verdad es, repuso el mozo, que es poca cosa, pero como somos muchos los arrieros que por el pueblo este tenemos que transitar, se ha creado, ese malvado Escribano, un mayorazgo á costa de nuestro sudor sin que derecho alguno le asista, y sin que nosotros hagamos valer el que tenemos de no pagarle, y cosas hay, que tan gordas se ven que no se pueden roer.

—Razon llevas hijo, que esta es una vejacion de las enormes; pero hablé con los compañeros y dicen *toos*, que mejor quieren pagar los maravedíz que meterse en dimes y directes con los Escribanos y señaladamente con este que es un hombre malo si los hay, con mas *ipotismo* que un Néron, mas soberbia que Lucifer, y mas vengativo que todo lo que se diga.

—Pues Padre, mi parecer es, que de los sufridos se hacen los atrevidos, y que no paguemos mas esa sacaliña, ni pasemos la plaza de tontos engordando á ese bribon con nuestra sangre. ¿No ha preguntado ya su mercé en las oficinas de hacienda y le han enterado de que no hay semejante derecho establecido? ¿qué mas quiere V.?

—Hijo eso necesita pensarse, ese hombre es mal enemígo y si no pagamos, se vá á poner con nosotros de malas. Yo no quiero despertar al Leon que duerme ni contiendas con gente de pluma.

—Déjemelo V. á mí Padre, que aunque venga hecho un toro de fuego yo sabré pararlo, porque la razon tiene mas fuerza de lo que parece.

—¡Qué habia de tener, hijo! la razon es una para los hombres de bien y es otra para los picaros, que se quedan encima porque tienen mas malicia y mas malas tretas que aquellos.

—Pues acudiremos á los Tribunales.

—Y no adelantaremos nada.

—Señor, ¿y porqué?

—Porque en los Tribunales sucede lo que en la pila, el que no tiene padrino no se bautiza.

—Pues entónces que nos coja él la delantera poniéndonos por justicia por no pagarle su impuesto sin meternos en dimes y diretes.

—No lo has pensado malamente hijo. Vamos á probar á ver por donde las toma, pero no te metas tú en el asunto, que tú tienes la sangre caliente y podrias subirte á mayores si él se propasa como no dejará de hacerlo cuando nos neguemos al pago; dejamelo á mí, y no tercies tú, que siempre se ha dicho que un sordo oye mejor al que le habla quedo que no al que le grita.

Poco despues de este coloquio llegaron á Mollares, en donde como de costumbre les salió al encuentro el Escribano reclamando su arbitrario impuesto.

—Perdone V., señor Escribano, dijo con templanza aunque con teson Juan Isidro Alfaro, que era el arriero de mas edad, nosotros no lo pagamos.

—¡Que no lo pagan ustedes! repuso sorprendido y con tal espresion de encono que demostraba á las claras el trascendental interés que para él encerraba la primera negativa á pagar el arbitrario impuesto que habia creado, (negativa que al divulgarse podria á un tiempo privarle de la pingue renta que gozaba y descubrir tan criminal proceder,) ¿qué no pagan ustedes? repitió, ¿y porqué?

—Porque he inquirido en las Oficinas de Hacienda que semejante impuesto no está mandado.

Al oir mencionar las Oficinas de Hacienda el Escribano se inmutó, pero serenándose luego dijo finjiendo calma: Es claro que allí no consta, porque este es un impuesto municipal, que no atañe á la Hacienda sino al Ayuntamiento.

—Señor, repuso el arriero, yo seré tonto hasta donde me ha hecho Dios, pero no hasta donde me lo quieran hacer los hombres; los transeuntes no están bajo el dominio de

los Ayuntamientos de los pueblos por donde transitan.

—Dejémonos de cuestiones, Juan Isidro, y respetemos lo establecido, dijo el Escribano con aparente calma, ustedes la gente del campo, son avaros y ladinos y por dejar de pagar por poco que sea, sacan razones hasta del centro de la tierra; paguen ustedes como lo hacen todos, y ustedes han hecho hasta aquí, y sigan su viaje en paz y gracia de Dios.

—Y así lo seguiremos, interrumpió indignado el jóven arriero, oiga! ¡conque nos afrenta V. con decirnos avarientos y ladinos porque no queremos pagar lo que no debemos pagar! ¿pues me querrá V. decir como llamará al que cobra sin deber cobrar y engaña para conseguirlo, señor Escribano?

El apostrofado clavó la vista un rato en el jóven arriero con una mirada preñada de todo el encono, de toda la rabia y de todo el ansia de venganza que hervian en su mala alma, y dijo despues con honda voz y tardas palabras: Conque ¿ustedes no pagan?

—No señor, contestó el mozo, y si V. insiste á fé que acudiremos á la Justicia para

que le haga á V. devolvernos los dineros mal cobrados, que pleito claro, no ha menester letrado.

—Mala lengua tienes muchacho, repuso el Escribano con mal reprimida ira, y mas te valiera enfrenarla, que á mí nadie se me ha subido á las barbas, y juro á Dios que te ha de pesar haberlo hecho.

—¿Amenazas? dijo con desden el mozo.

—Y ten entendido, prosiguió el Escribano, que las mias se cumplen.

—Señor, interrumpió Juan Isidro, ¿hay razon para eso?

—Déjelo V., Padre, repuso su hijo, con amenazas se deslia la bolsa y se amedrenta solo á los cobardes.

—Te engañas, dijo el Escribano; las mias no se hacen ni para amedrentar ni para procurar el pago, sino para vengar un agravio y tocan á tu persona de mas cerca, y júrote que cumplidas se han de ver.

—Señor, exclamó el Padre, mala jura en piedra caiga. Vámonos hijo, vámonos, añadió arreando los mulos.

—Voy, señor, contestó obediente el hijo pre-

párándose á seguirle, pero ántes volviéndose arrogante al Escribano: si es así, dijo, y que solo á mi persona tocan las amenazas, descuidado voy porque mi navaja tiene un letrero que dice: *Soy defensa de mi dueño.* (1)

---

(1) Mote de los puñales de Albacete, como de las espadas de Toledo lo es: *No me saques sin razon, ni me envaines sin honor.*

CAPITULO IX.

Aquella tarde el Escribano que conocia á cuantos desalmados y perdidos habia por aquellos contornos, tenia convocados á su casa á un desertor y á un cumplído de presidio y les participaba que al dia siguiente pasarian por allí en su viaje de retorno, el arriero Juan Isidro Alfaro y su hijo con una crecida suma producto de la venta de sus pellejos de vino; añadiendo que á la salida del pueblo atravesarian

un espeso olivar que podria ocultar para siempre no solo un robo, sino á los robados.

Almas que por desgracia están dispuestas al crímen, de poca instigacion necesitan para cometerlo; son la polvora en la escopeta. ¡Ay de aquel ó aquellos que para mal fin la disparan!

En el olivar indicado por el Escribano á sus cómplices, entraban al dia siguiente, segun lo habia anunciado aquel, el honrado Juan Isidro Alfaro y su hijo, bien agenos de que nunca habian de volver á salir de él, y sin sospechar que el sonido suave y triste de las esquilas que llevaban sus acémilas, era en aquella ocasion para ellos el fúnebre toque de una terrible agonía, y que los que las llevaban habian de ser los mudos testigos del horrendo crímen que terminaria tan trágicamente su tranquila existencia.

—Nada nos ha pedido el Escribano y ni se ha dejado ver, dijo su hijo al arriero, ¿vé V., Padre, cómo vence por solo su poder que no hay quien le contrareste, la razon á la sin razon? Señor, al que se hace de miel se lo comen las moscas.

—Ese hombre, repuso el Padre meneando la cabeza, nos la ha jurado, y será nuestro enemigo mientras el cuerpo le haga sombra.

—Estoy para mi que no se la hace, repuso riendo el hijo, y que le sucede lo propio que al Marqués de Villena que por tratar con el Diablo se quedó sin ella. Pues eso faltaba, añadió con energia, el que por ser insolentes y provocativos los pícaros, tuviesen avasallados á los hombres de bien.

—Pues, hijo, eso ni mas ni menos sucede en el mundo; y lo verás, porque la cosa no queda asina y nos ha de jugar una mala pasada como lo tiene jurado.

—Palabras y plumas se lleva el viento.

—Amenazas de pícaros no, hijo.

—Con amenazas se come pan.

—Es que las cumplirá.

—Qué! la mano cuerda no hace todo lo que dice la lengua; además, señor, tanto vale un hombre como otro, y ya se guardará!

—Hijo! no vive mas el leal que lo que quiere el traidor.

En este momento partieron simultáneamente dos bien asestados tiros de detrás de dos oli-

vos. Oyóse en el silencio que sucedió, la caida de dos cuerpos al suelo, y dos voces que á un tiempo gimieron:

—Dios me-ampare! me han matado!

—Jesus me valga! soy muerto!

En vano aguardó aquella noche la que era madre del uno y muger del otro arriero, á los dos séres que con tan entrañable cariño amaba. Pasaron dias, pasaron meses, pasaron años, sin que ninguno tragese noticias de ellos. Por mas gestiones que hizo la justicia, por mas que se afanó en inquirir informes aquella infeliz muger, nada supo! Un misterio, oscuro como una noche sin estrellas, recóndito como los centros del mar, impenetrable como lo porvenir, daba al dolor que esta sentia, un desasosiego y un espanto que no dejaban al tiempo ejercer sobre él su influencia calmante ni á la infeliz á quien destrozaban el consuelo de rezar sobre la paz de una tumba.

En tanto la justicia perseveró en sus siempre infructuosas pesquisas; pero las gentes, arrastradas por el curso de nuevos sucesos, cesaron de ocuparse del que tanto les conmovió al acaecer, y nada quedó de él, sino un

dolor constante, en el corazon de la madre y esposa una remota y vaga esperanza, la que cual la pequeña áncora, resto de una naufragada nave, se mantenía enclavada en el fondo de un mar de amargura.

Destrozada por su dolor, aniquilada por los pasos que sin cesar daba para adquirir informes, abatida por la creciente miseria en que se hundió, despues de haber vendido cuanto poseia, sin fuerzas y sin salud para poder trabajar, acudió á lo que el pueblo en su cristiano y poético lenguaje llama *la bolsa de Dios,* bolsa, que como de quien es, nunca se vé vacía.

Mas de veinte años habian pasado, y aquella infeliz en su luto de muerte, suplicaba á un hombre sin corazon, que le hiciese la caridad de dar algunos pasos para inquirir y ver si podia darle, antes de entregar su martirizada alma á Dios, alguna noticia de los que tanto amaba. Hemos visto de la manera que recibió el encargo ó súplica siempre sagrada de un moribundo, aquel buen sujeto que nunca habia tenido que ver con la Justicia.

¡Qué terrible contraste forman cuando están frente á frente la angustia y la indiferencia!

Son el fuego y el hielo. En la naturaleza física el fuego derrite el hielo; pero en la moral el fuego de la angustia y el hielo de la indiferencia se tocan, y es tal la dureza de este hielo que el fuego ardiendo no le derrite!

Dulce compasion! si como lo hemos dicho el amor hace *bello* al objeto que lo inspira, tú haces mas que aquel, pues lo haces *querido*; de modo que el ser mas abyecto, y aun el animal mas inmundo, si sufren y gimen, no te rechazan ni hastian. Divina compasion! dános por amargas y corrosivas que sean, tus lágrimas pues sirven, si no de alivio, de consuelo á los sufrimientos y de agrado al Dios-Hombre que nos enseñó á verterlas.

CAPITULO X.

Despues de la partida de su amo, tuvo que ir Pascual á Sevilla para llevarle las cuentas. Al despedirse para regresar al pueblo, le dijo:

—Conque señor, ¿se ha acordado su merced de su promesa?

—¿Qué promesa? repuso D. Anacleto.

—La que hizo á la tia Ana de inquirir en el Juzgado si alguna luz habia habido sobre la muerte de Juan Isidro Alfaro y su hijo.

—¿Hablas con formalidad, Pascual?

—¿Porqué me hace su merced esa pregunta?

—Porque parece chacota el suponer que una vieja que está maniaca, me hiciese á mí, con toda mi formalidad, ir á preguntar en los Tribunales por unos tios cualesquiera de quienes no se sabe hace mas de veinte años ni se sabrá nunca.

—Eso está por ver, señor, que dice la tia Ana, y dice bien, que aunque malicia oscurezca verdad no la puede apagar.

—Parece que la tia esa te ha pegado su chochera, repuso D. Anacleto. Anda, Pascual, dile, si la encuentras con vida, que si la encontrarás, porque los que no sirven mas que de estorbo no se mueren nunca.....

—Eso es porque Dios, á los que tienen esas vidas arrastradas é infelices no se las quita, para que tantos padeceres y trabajos les sirvan de provecho y la paciencia con que los lleven de mérito para la vida eterna, dijo el capatáz.

—Erraste la vocacion, Pascual, repuso su amo, debias ser Cura, pues eres mas místico que los Santos Padres, y sabes mas textos de Escritura que un predicador.

—Qué, señor! si no sé mas que la doctrina!

—Pero la metes en todo como el tomate.

—Señor, para eso se nos dió, contestó Pascual.

—Pues bien, tú que eres místico dile que para saber de su gente, le pida á Dios que haga un milagro.

—Así lo hará, señor, contestó Pascual á su antipático amo.

Emprendió el capatáz su viaje de vuelta y al pasar por Mollares notó una estraña efervescencia entre las gentes del pueblo. La causa que la motivaba era la siguiente:

Habiendo salido del lugar aquella mañana una bandada de chiquillas que con sus espuertas colgadas del brazo iban alegres á coger esparragos, al cercano olivar, ufanas se diseminaron en él, pues abundante se les presentaba la cosecha habiendo sido muchas y tempranas las aguas de Otoño.

—Tengo mas de media espuerta llena, dijo á poco una de ellas; al pié de aquel olivo cojí mas de veinte.

—Oye, ¿porqué crecen las esparragueras siempre al pié de los olivos? preguntó otra.

—Porque allí las siembran los pájaros que e posan en sus ramas.

—Qué *espilfarro!* opinó la mayor de todas.

—¿Pues porqué es?

—Porque los arados no pueden llegar tan á la vera de los olivos que los arranquen.

—Si tú eres marisabidilla que todo lo sabes, opinó la primera que habia emitido su opinion.

—Para eso, respondió la otra, que tú no sabes nada sino menear la lengua para *espotricar*, (1) y las quijadas para engullir.

—Acudid, acudid todas! gritó de repente con azorada voz una de las chiquillas que á alguna dsitancia exploraba las espesas esparragueras que rodeaban el pié de un olivo, venid y veréis que espanto!

Las muchachas corrieron al sitio y al desviar las ramas de las esparragueras, vieron con asombro salir de la tierra el dedo de un hombre, que derecho é inmovil parecia señalar al Cielo.

Sobrecojidas y horrorizadas, soltaron las espuertas y se echaron á correr llegando desaladas al pueblo, y llenas de terror y con los

(1) Hablar mucho y neciamente

semblantes desencajados llevaron cada cual á su casa la noticia de lo que habian visto.

En breve se formaron corrillos en las calles y todos se reunieron luego en casa del Alcalde, para participarle lo ocurrido, y pedirle que fuese con la Justicia á cerciorarse del hecho y averiguar su causa.

El alcalde hizo avisar al Escribano, al cirujano y al alguacil, convocó personas que sirviesen de testigos y trabajadores con azadas, y marchó, seguido de una porcion de gentes del lugar entre las que estaban las niñas para que indicasen el sitio en que habian visto aquel objeto de terror.

En este momento llegaba Pascual al pueblo y encaminándose la Justicia y su séquito en la misma direccion que él llevaba, se agregó á ellos.

Caminaron de prisa y llegaron en breve al indicado lugar, pudiendo todos convencerse de que las niñas habian dicho la verdad. Negro y como curtido por la intemperie, con la uña diformemente crecida se veia salir de la tierra un dedo humano como para señalar donde yacía el cuerpo de que formaba parte.

Un estremecimiento de horror mezclado de lástima, de interés, y de grave y ansiosa curiosidad fué sentido por los concurrentes, que tuvieron la lugubre conviccion, de que al pié de aquel olivo se ocultaba un criminal misterio, y el solemne presentimiento de que se preparaba un juicio de Dios severo y patente.

El Alcalde mandó que en el acto se apartase la tierra para que fuese descubierto lo que pudiese ocultar.

Cumplida esta disposicion, presentóse á la vista de todos un esqueleto á cuya descarnada mano derecha estaba adherido el dedo, que secado y curtido por el viento y por el sol, habia quedado en estado de momia, con la estraña circunstancia de haber seguido creciendo la uña despues de la muerte. A su lado se halló otro esqueleto de las mismas dimensiones que el primero.

Un hosco silencio reinó por algunos segundos; entónces las mugeres entonaron unánimes la oracion por los difuntos, á la que, descubriendo sus cabezas, se unieron en honda voz los hombres.

—El respeto es la cosa que con la castidad

asemeja mas el hombre á los Angeles; pero cuando ante una tumba se unen el respeto á lo Divino y el respeto á lo humano, alcanza este su sublime apogéo, y sobre cada descubierta cabeza y sobre las cruzadas manos, desciende á no dudarlo, una paternal y complacida mirada del que crió á los hombres, no para que hiciesen de la tierra un paraiso, sino para merecer el eterno.

—Señor Alcalde, dijo el Cirujano, que fué el primero que habló, el estado de estos esqueletos indica que pasa de veinte años el tiempo transcurrido desde que dejaron de pertenecer á cuerpos con vida.

—Jesus! Jesus! exclamaron las mugeres, mas de veinte años que los cuerpos de dos cristianos no descansan en tierra santa!!

—Visto se está, señores, dijo una anciana, que aquí ha habido una gran maldad oculta, hasta que Dios se cansó de no verla castigada, y envió á estas inocentes para que, por medio de ellas, fuese descubierta.

—Juicio de Dios! el dedo de Dios! exclamaron todos.

—Descubiertos han sido unos esqueletos, pe-

ro nada mas, tia Maria, dijo el Cirujano. ¿Quién sabe si son del tiempo de los Franceses de Napoleon y no hay ni semejante maldad ni semejante misterio?

—Esta gente, añadió el Escribano, siempre quiere hacer de cada cosa un romance ó un milagro. Este descubrimiento, ya lo ven ustedes, es meramente una casualidad.

—Es que hay casualidades que parecen Providencias, repuso una de las mugeres.

—Francés de Napoleon no ha sido este, dijo uno de los hombres que apartaban la tierra, porque aquellos no gastaban marsellés.

Y esto diciendo alzó de la fosa una chaqueta de las así denominadas que estaba media deshecha.

—¿Un marsellés? dijo el Alcalde al mirarlo; verdad es, y así está claro que su dueño fué Español y de la tierra nuestra.

—Muy deshecho está, observó el que tenia el marsellés en la mano; pero la faltriquera que es de lienzo se conserva entera; y mire su mercé, señor alcalde, dentro tiene un papel.

—A verlo, contestó el Alcalde alargando la mano; y cojiendo el papel lo desdobló añadien-

do: es una *carta de seguridad* como entónces se llevaban. Señor Escribano, léala V. que necesariamente traerá el nombre de su dueño.

Y así diciendo, se la entregó al interpelado á quien todos rodearon ansiosos.

Pero apénas hubo aquel echado la vista sobre la carta, cuando exaló su pecho un gemido parecido á un rugido, giró al rededor de sí sus desencajados ojos, se echó hacia atrás, y cayó al suelo desplomado.

—¿Qué es eso? ¿qué ha visto? exclamaron todos con asombro.

El Alcalde, que se habia apresurado á recojer el papel, leyó en alta voz:

Carta de seguridad á favor de Juan Isidro Alfaro.

Jesus María! exclamó Pascual, ese es el arriero de mi pueblo que desapareció con su hijo hace mas de veinte años.!

—Visto se está que él y su hijo deben haber sido muertos aquí, y aquí mismo enterrados, opinó el alcalde.

—Se debe inferir, añadió el Cirujano, y que aquí se ocultaba un crímen que hoy arroja de su seno la tierra.

—Y decia el Escribano, exclamaron las mugeres, que en todo veiamos milagros de Dios. ¿Qué dirá ahora?

—Lo que hay que hacer ahora, es llevar este hombre á su casa, señor Alcalde, dijo el Cirujano señalando al accidentado Escribano; no lo creia yo hombre de tan poco espíritu.

—No es poco espíritu, es otro juicio de Dios para castigarlo de no creer en ellos, repuso una muger.

—Puede, puede, que sea eso, añadió pensativo y preocupado el Alcalde. Señor, añadió dirigiéndose á Pascual, haga V. el favor de ayudar aquí y prestar su mulo para llevar sobre él á este hombre al pueblo. ¿Pero qué hace V. ahí? prosiguió viendo que aquel á quien se habia dirijido cortaba y pulia dos desiguales trozos de una rama de olivo.

—Una Cruz, señor, respondió Pascual, y no me iré sin haberla dejado clavada en este olivo, para que reclame en favor de estos infelices las preces y sufragios de que por tanto tiempo han carecido sus almas.

CAPITULO XI.

El Escribano fué llevado á su casa recibiendo en seguida la asistencia que reclamaba su estado; pero apenas recuperado de su accidente, fué acometido de una violenta calentura con delirio, en el cual se estremecia sin dejar de repetir: «¡yo no! yo no he sido! mis manos están limpias de sangre. Juan Cano, y José Salas han sido! Ellos, ellos, que no yo!»

Estas palabras, que á gritos repetia, fueron

recojidas por las personas presentes, las que se vieron precisadas á testíficarlo en la causa que sobre el descubrimiento de los dos esqueletos enterrados en el olivar, al momento se instruyó.

Sin demora y con sijilo fueron aprendidos los que en su delirio nombró el Escribano, cuyos nombres eran ya conocidos en los Tribunales. Cual si todo en este desenlace lo guiase á las claras la mano potente de la Providencia para que patentizase un hecho sepultado en el misterio, en el olvido, en la impunidad, estos hombres, al saber que era el Escribano la causa de su arresto, sin la circunstancia que se les ocultó de ser involuntaria su delacion, declararon á su vez toda la verdad manifestando cómo por un deseo de venganza, habian sido inducidos por el Escribano á perpetrar el crímen.

Incomunicados los reos, hallados conformes en sus respectivas declaraciones hasta en los mas minimos pormenores, y unido á esto las de otros arrieros que declararon recordar que por aquel mismo tiempo habian tenido Juan Isidro Alfaro y su hijo palabras y desavenencias con el Escribano por una tarifa arbitrariamente impuesta por este, la conviccion del crí-

men y de sus causas, quedó patente ante los ojos de los jueces. Asi fué que en breve se sustanció la causa, recayendo pena de muerte para los asesinos, y de cadena perpetua, despues de presenciar con argolla la justicia de sus cómplices, para el Escribano.

La pobre mendiga, apenas empezaba á convalecer, cuando llegó á su conocimiento haber sido hallados los restos de su marido y de su hijo vilmente asesinados en la espesura de un olivar.

Veinte años de angustia y de temores, no habian preparado bastante todavia aquel amante corazon de esposa y madre á recibir la infausta nueva de tamaña desgracia, que la sobre cogió y llenó de amargo desconsuelo como lo habria hecho el mismo dia en que aconteció.

El ser moral del hombre tiene una aptitud inmensa para el sufrimiento, así como para soportarlo tiene su ser físico no menor resistencia, por lo cual la pobre anciana, que todos comparaban á una pavesa, no murió, no tuvo recaida, sino que al contrario, parecia haberla vigorizado el dolor para hacerla sufrir mas; ¿ó era acaso que Dios la conservaba por te-

nerla destinada á ulteriores miras?

Todo lo providencial que habia en el hallazgo de los esqueletos y en el descubrimiento del crímen y sus autores, excitó de nuevo y con mas intensidad el latiente interés de todos los convecinos de la infeliz anciana. Vióse sin cesar rodeada de buenas, rectas, y compasivas almas que la prodigaban á porfia expresivas muestras de compasion é interés consolándola, llorando con ella, y demostrando con energía su profunda indignacion por tan cruel é inaudito delito, hijo de una vil é injusta venganza.

Un dia, varios vecinos se habian reunido con este objeto á su lado en su miserable vivienda.

—Se creian quizás esos malvados, decian con esa energía y esa vehemencia, qne en su modo de sentir y de expresarse tiene el pueblo, hijas de su caliente corazon, que se creian libres y seguros porque estaba oculto su delito; pero se habian olvidado, de que Dios consiente, mas no para siempre.

—!Y pensar, exclamaba la una, que esos perversos reteperversos han visto las lágrimas y la miseria de V., tia Ana, durante veinte años, y se han quedado tan frescos y como si tal cosa!!

si esto clamaba al Cielo, y el Cielo lo oyó.

—Si con cien vidas que tuviesen no pagaban! opinaba otra.

—Hasta el dia que los vea sentados en el banquillo, añadía un hombre, no creeré yo que hay justicia en este mundo.

—Pues no tardarán en estarlo que la causa vá viva; dijo Pascual que se hallaba presente; y asina habia de suceder siempre y no dormirse los jueces, como suele acontecer; bastante tiempo han andado esos villanos libres, y olvidados de que Dios puede mas que el Diablo.

En este momento entró en el miserable albergue de la desconsolada anciana el Cura, acompañado de otro sujeto, y despues de saludar á la mendiga se habló en estos términos.

—Tia Ana, sabido es, que por las benignas y cristianas leyes de España, influye en el rigor del castigo de los delincuentes, el perdon de los ofendidos, esto es de las personas mas allegadas á las víctimas de los crímenes cometidos por aquellos. No parece sino que los religiosos legisladores que las hicieron quisieron á un tiempo dar ocasion á los unos de hacer una obra de piedad insigne, y procurar á los otros un alivio en su pena, que la justicia no

podia concederles sin faltarse á si misma. ¡Qué magníficas, qué nobles, qué generosas son las instituciones humanas en cuyo establecimiento ha predominado el espíritu religioso en toda su calma y en toda su pureza!

Este señor que me acompaña ha llegado á mi casa para que con él viniese á la de V. con objeto de preguntarle, si como buena Cristiana que gracias á Dios es V., perdona á los que dieron muerte á su marido é hijo y á quien los indujo á ello.

—Si señor, contestó sin detenerse, sencillamente, sin esfuerzo como sin ostentacion la afligida anciana.

Ninguno de los que estaban presentes, ni aun los que antes con mas vehemencia clamamaban contra los culpables estrañaron, contrarestaron, ni menos motejaron la respuesta dada por la buena Cristiana.

El perdon para el católico pueblo Español es, no solamente una cosa moral, generosa, noble, y debida, es una cosa *Sagrada*. Habrá quizás, arrastrado por la pasion, quien no lo ejerza, pero nadie que por tal no le tenga.

—¿De manera, dijo el que venia con el Cura, que no tendrá V. dificultad en ratificar an-

te los Tribunales el perdon que dice V. al señor Cura que otorga?

—No señor, contestó la interrogada.

—Tia Ana, dijo el Cura, ofrezca V. á Dios el perdon que concede en sufragio por las almas de los que llora; mas les aprovechará que no el castigo y última pena que sin él sufririan los reos.

Al dia siguiente era conducida la pobre mendiga en una buena mula con todo miramiento y cuidado á Sevilla é introducida en el palacio de la Audiencia.

Poco despues la llevaron á una sala en que estaba constituido el Juzgado de la causa en que venia á intervenir.

Despues de exígirla el juramento, viendo el Juez que la anciana no podia sostenerse en pié, tales eran su debilidad, su cansancio, y su conmocion, mandó que se trajese una silla sobre la que cayó la infeliz desplomada.

Preguntóle el Juez solemnemente:

—Señora, como agraviada ¿perdona V. á Juan Cano y á José Salas, asesinos convictos y confesos de su hijo y marido, y al Escribano N N. convicto de haberlos inducido á cometer el delito?

—Si señor, contestó conmovida y hecha un mar de lágrimas la infeliz anciana.

Entónces, y mientras se estampaba este perdon en la causa, perdon que libraba la vida á los dos asesinos, conmutando esta pena en la inmediata de presidio perpétuo, y al Escribano de la ignominia de presenciar con la argolla al cuello este suplicio, el sujeto que habia ido el dia antes con el Cura á la casa de la anciana y que era próximo pariente del Escribano, se acercó á ella y excitado por la satisfaccion de ver á su familia libre de la última infamia le dijo:

—Señora, no tema V. ya por su porvenir que como es justo corre de nuestra cuenta, y á fé que de aquí en adelante no pedirá V. mas limosna pues recibirá el pago del bien que à otros ha hecho.

Pero todos los presentes fijaron sus sorprendidas miradas en aquella miserable, agoviada y anonadada pordiosera, al ver que levantándose derecha y erguida, alzaba su inclinada cabeza, y que recobrando sus amortiguados ojos toda la vida y animacion perdidas, los fijó en el que habia hablado con una mirada en que ardian el mas arrogante desden y la mas noble indignacion, exclamando:

—Pago!!! Eso no! Yo no vendo la sangre de mi hijo.....

CAPITULO XII.

Pasadas unas semanas que tuvo precision de permanecer en Sevilla, regresó D. Anacleto á su hacienda.

—Señor, le dijo el capatáz el primer dia de su llegada, sepa su mercé que no he encontrado quien me haga los mandados de valde ó por un pedazo de pan como los hacía la pobre tia Ana; todos quieren que se les pague su trabajo con dinero.

—Pues y la tia Ana, ¿porqué no los hace? preguntó D. Anacleto,

—No puede hacerlos; la infeliz está postrada y no se puede mover; ni aun para salir á pedir limosna, bien pudiera su mercé socorrer esta necesidad que es de las mayores que se ven.

—Yo! exclamó indignado D. Anacleto, yo habia de cometer la necedad de socorrer una necesidad voluntaria que puede tener alivio y lo rechaza? Pues ya!

—Pascual miró con asombro á su amo y por la primera vez en su vida no halló réplica.

—No estimúlo soberbias prosiguió D. Anacleto, ni paso la plaza de tonto.

—Soberbia! exclamó Pascual, señor, si la tia Ana es mas humilde que la tierra!....

—Pues si no lo es rehusar, el socorro que le ofrecen los que causaron su daño y tienen obligacion de prestárselo, será rencor.

—Señor, si á la tia Ana, visto se ha estado, le reboza el perdon en el corazon como á la Reina! (1)

—Pues será por tonteria, opinó D. Anacleto.

(1) Perdónesenos el ligero anacronismo que contiene esta comparacion hoy proverbial; pero no así en el año 1845, en que nuestra Reina era aun niña, y no habia tenido todavía tiempo ni ocasion de merecer de su pueblo las calificaciones que hoy le dá de Buena como un ángel, de Compasiva como una santa, de Noble como su corona, de Grande como la primera Isabel y de Generosa como ninguna.

—No es, y mucho le falta para ser tonta á la tia Ana, repuso Pascual.

—¿Pues qué es ese aferramiento en no querer tomar lo que le dán, aquellos que deben hacerlo, me querrás decir?

—Es *nobleza*, señor, contestó Pascual, en voz grave y con la dignidad del que tiene y comprende la nobleza de alma.

—Por vida del Diablo tonto (que tambien los hay,) exclamo D. Anacleto, pues si le ha dado la chochéz por ahí, que perezca de puro noble.

—No perecerá, replicó el capatáz; hasta hoy no le ha faltado el pan, ni le faltará hasta su muerte, que somos muchos en el pueblo, que aunque pobres, si antes le dabamos como uno, ahora le damos como dos, con el fin de que el perdon que otorgó tan solo por caridad cristiana, lo lleve á la gloria, puro y santo como lo concedió.

FIN.

EPILOGO.

Hemos dicho al principio de este relato que buscabamos la nobleza, y no por haberla hallado entre los harapos de una mendiga hemos de dejar de ponerla, con veneracion y entusiasmo á la luz del dia. El cristianismo no solo enseña é inculca lo Bueno y lo Santo, sino tambien lo Bello y lo Elevado. Los soberbios aspiran en vano á la nobleza que no se puede amalgamar con el vicio que de todos es el mas descarado y despótico. Los humildes la tienen sin buscarla practicando las virtudes cristianas.

ERRATAS.

Paginas.	Líneas.	Dice.	Lease.
3	17	nació	murió
4	7	pasado	presente
11	21	selva	Selva
15	7	y acabar	acabar
23	4	tienen	tiene
22	22	el espesor	la aspereza
28	1	algunos	algun
28	1	formados	formado
28	3	conservaban	conservaba
29	7	un dicho inofensivo	un inofensivo
34	25	aetiva	altiva
35	7	la visita	las visitas
35	9	guste	gustan
37	5	achoca	*achoca*
44	4	arrecida?	arrecida.
54	7	respeto	respecto
67	5	repuso	repuso el escribano
75	15	luto	lecho
84	24	contestó	esclamo
96	3	yimosna	limosna

